

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: *La Epopeya Castellana a través de la literatura española*. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1945. 246 págs.

En el año 1909 un español, joven aún, muy joven para la obra que ya llevaba en su haber (tenía treinta y nueve años), cruzó el Atlántico para dar unas cuantas lecciones en la Johns Hopkins University de Baltimore: D. Ramón Menéndez Pidal.

Muy pocos meses después, fué también a dar conferencias en universidades norteamericanas un famoso investigador francés: Joseph Bédier.

Ambos historiadores de la literatura iban, en realidad, a hablar de un mismo tema: de los orígenes y el devenir de la poesía épica. De un mismo tema, en dos gajos: épica francesa, épica española.

Me imagino el asombro de los oyentes que asistieran a las dos explicaciones, la española y la francesa. Si no sacaron los pies fríos, la cabeza les debió de quedar bien caldeada: la explicación de Menéndez Pidal y la de Bédier eran antagónicas, irreconciliables; para hacer caso a los dos no había más remedio que imaginar (digámoslo desde ahora: contra el sentido común) que el proceso épico en España y Francia había seguido caminos en absoluto independientes y distintos.

Menéndez Pidal expuso ante su público, con nervio y selección de artista y con rigor de hombre de ciencia, un amplio panorama de la materia épica española a través de todos sus avatares. Las lecciones fueron leídas en francés. Para ello, el original del sabio español había sido traducido por Henri Merimée. Y en francés fueron publicadas en París en 1910 con el título de *L'Épopée castillane à travers la littérature espagnole*. Aunque parezca mentira, el original castellano permaneció inédito. Los españoles que sentían curiosidad (no es la curiosidad nunca una cualidad española, y en 1910 menos) acudían al texto

francés. Por fin, ahora, a fines de 1945, ha sido pulcramente editado (1) (por la empresa Espasa-Calpe) en la Argentina: *La épopeya castellana a través de la literatura española*.

El tema esencial del libro no es el estudio de la transmisión de formas, ni el de los orígenes de forma y materia (aunque éstos se toquen), sino el de la persistencia de la materia misma, de los temas épicos a lo largo de todo el desarrollo de las letras de España.

En algunos puntos fundamentales, y de los que en el porvenir siguen siendo aún más problemáticos, fué Milá quien en 1874 abrió camino, en otro libro clásico, *De la poesía heroico-popular castellana*, que, como predecesor venerable, bien merecía también una reimpresión (2). Fué él quien determinó por primera vez que los romances no precedían a los cantares, sino derivaban de ellos, él vió también la irregularidad métrica del *Poema del Cid*. Después, Menéndez Pidal, con su irreprochable método, ha podido rectificar muchas inexactitudes, iluminar nuevos puntos de la oscura cadena y precisar el alcance y el engramamiento de los eslabones. Por ejemplo: aún para Milá las *Mocedades de Rodrigo* eran una obra temprana; Menéndez Pidal

(1) Pulcramente, desde luego, en lo exterior. En lo interno, aunque no numerosas, hay sus erratas: a Gaston Paris se le llama "maestro de la filología romántica" (pág. 17), lo cual resulta deliciosamente equívoco; de otro personaje se nos dice que "fué muerto dolorosamente por los sármatas" (pág. 22), etc. Hay erratas dolosas y dolorosas. No voy a exagerar la importancia de las de este libro: están bastante espaciadas para no producir molestia al lector. Sí hubiera deseado que una obra que debe quedar como clásica de nuestras letras saliera irreprochable. El mal toca, con el barullo de los tiempos, a las imprentas de España. Y parece que una de las más heroicas y admirables vocaciones, la de corrector de pruebas, se extingue. Pero ¡pobres los libros de los autores españoles en las prensas argentinas, con el Atlántico por medio! Todos hemos pagado la novatada: *non bis in idem*.

(2) Existe una edición de obras completas de Milá, coleccionadas por Menéndez Pelayo, 1888-1896, en ocho volúmenes. El tomo VII es, precisamente, *De la poesía heroico-popular castellana*. Pero en realidad este libro no se ha impreso más que una vez. Para el tomo VII de las obras completas se aprovecharon los ejemplares que quedaban de la edición de 1874; se les cambió sí la portada. Y no estaría tampoco de más hacer una reimpresión de las obras completas del gran maestro de Menéndez Pelayo.

estableció, ya en *L'Épopée Castellane*, que no eran sino un fruto muy tardío (de hacia 1400): el ciclo más importante de nuestra épica quedaba así nítidamente aclarado.

Enorme ha sido la labor de Pidal después de 1910. El estudio de la llamada *Crónica Najerense* le hizo ver lo que en *L'Épopée* sólo se apuntaba como sospecha: la existencia de redacciones poéticas de varios de los ciclos principales, anteriores a las que conocemos a través de la prosificación de las crónicas a partir de la *Primera General*. El estudio de fragmentos conservados, y sobre todo del Cantar de *Roncesvalles*, ha permitido generalizar la irregularidad métrica a todos los antiguos poemas españoles. La historicidad de nuestros *cantares épicos* (que tanto nos diferencia de lo francés), ya defendida en *L'Épopée*, ha sido comprobada con matemática limpidez en trabajos del mismo Pidal como *El Romanz del Infant García y Sancho de Navarra antiemperador* (3); hasta personajes secundarios o mínimos del *Poema del Cid*, que no habían sido identificados, como el moro Abengalbón o cierto Diego Téllez que ayuda a las ultrajadas hijas del Cid, resultan ahora seres reales que vivieron en los lugares donde el Cantar los sitúa (4). Son sólo ejemplos casi al azar, de la labor de esclarecimiento llevada a cabo por Pidal después de la publicación de *L'Épopée*.

Pero lo que interesa hacer constar, lo maravilloso, es que un autor que tanto y tan bien ha trabajado después sobre el mismo tema, haya podido imprimir ahora el texto castellano de su libro con muy ligeras modificaciones respecto a la edición francesa de 1910. ¡Y han pasado treinta y cinco años! El libro sigue siendo exacto y actual.

Es que en él Menéndez Pidal supo acumular toda su erudición adquirida, reprimiéndola, suprimiéndola. Los vínculos y la sustentación de la estructura eran seguros. No fué un libro escrito para eruditos, sino pensando en las necesidades generales de un público extranjero. Tiene esa claridad y ese saberse colocar a cada momento en el punto de la perspectiva que más

(3) Recogido en *Historia y Epopeya*. Madrid, 1934 (Centro de Est. Hist.)

(4) Menéndez Pidal, *Mío Cid el de Valencia*. Valencia, 1943; páginas 24-34. (Recogido en *Castilla, la tradición, el idioma*, col. Austral.)

descubre, que sólo se dan cuando se aúnan genial intuición y pormenorizadísimo conocimiento de los datos que se eliminan (es decir, todo lo contrario de lo que suele ocurrir en casi todos los llamados *manuales*). Hay además una gracia, un encanto en estas páginas, que revelan al artista de la obra histórica. Y no se habría conseguido esto si no se hubiera juntado una tercera condición: el intenso amor a España que estas páginas respiran. Menéndez Pidal, que a veces parece seco o escatimón de sus afectos (bien lo sabemos sus discípulos), ama la Edad Media española con una pasión generosa e incontenida. No sé si partió del amor hacia el conocimiento o viceversa. Sé que este libro no mantendría su virtualidad artística al cabo de treinta y cinco años si no hubiera surgido (cómo todo lo que nace para de verdad "ser") de ese encendido afecto que le hizo cuajar.

¡La continuidad de la materia épica de España! Al situarse aquí, se pone Menéndez Pidal en la medula misma de toda la literatura y aun de toda la vida española. No hay un pueblo europeo que ofrezca tan rica e ininterrumpida tradicionalidad; es esta continuidad la mejor explicación de España. La línea de desarrollo es maravillosa, y en cada una de sus transformaciones se manifiesta distinta en cuanto fiel a su momento; igual, en cuanto fiel a una inmutable identidad española. Los antiguos cantares, pocos son en comparación de los franceses, pero, ¡cuán adecuados al espíritu del país, sobrios, moderados, realísimos, cada uno de ellos con una vida particular, casi con una atmósfera, un color y un olor propio, esferas bien diferenciadas de arte!: el de *Fernán González* (en lo que se rastrea por el poema erudito y por otros datos), el del *Cid* (no las tardías *Mocedades*), el *Cerco de Zamora*, los *Infantes de Salas o de Lara*, el *Infante García*, o réplica a la épica francesa, el de *Bernardo del Carpio* (de muchos de los cuales habla Pidal en su libro)... (5). Y los cantares, prosificados, van a sumirse en el mar de las crónicas: los cronistas los aceptan (aunque a veces los contradicen) y así mezclados con la verdad histórica, se meten en la sangre de nuestros

(5) No trató aquí por extenso el de los Infantes por haberlo hecho en obra anterior (*La leyenda de los Infantes de Lara*, 1896); del *Infante García* se había de ocupar más tarde, como veremos. También editó en 1917 un fragmento de un cantar español sobre *Roncesvalles* (RML, IV, 1917, págs. 105-204), con importantísimo estudio, etc.

antecesores, forman una realidad nacional y aseguran su permanencia en el futuro espiritual del país. Pero los cantares, que ya en el siglo XIII habían adquirido esa realidad histórico-mítica, dan directamente origen, allá hacia el siglo XV (6) (o coadyuvan a darlo), a otra poderosa rama literaria: el romancero histórico. Este, ya en su oscuro nacimiento, se incorpora fragmentos o condensaciones de cantares; luego los juglares de romances crean o amplifican nuevos aspectos de los antiguos ciclos; en fin, otros acudirán a las crónicas, y las crónicas que, en un proceso de prosificación, acogieron los cantares antiguos, sufren ahora un proceso, contrario de versificación, y dan ellas a su vez origen a nuevos romances. Todo se encadena y traba.

Y la cadena no se rompe nunca. Francia, al llegar al Renacimiento, se vuelve de espaldas a su rica tradición épica. España la continúa. Italia no la tuvo, o muy bastardeada. Portugal la ignora. De aquí viene la poderosa originalidad de España entre los pueblos románicos y su agrio encanto. Por la tradición épica somos distintos, es decir, somos.

La trama de una tela puede pasar por tintes distintos e irse impregnando profundamente de todos ellos; pero la trama siempre es igual. Así España se impregna profundamente, pero originalmente, del Renacimiento.

El Renacimiento español no rompe con el pasado medieval. Y ahora es el teatro, desde Juan de la Cueva, con Guillén de Castro, y sobre todo con Lope de Vega, el que acoge la antigua tradición épica. Aquí reside la grandeza de Lope, gran bisagra del mundo español: al recoger la tradición, la perpetúa en su teatro y la vierte sobre las gentes que han de venir.

Podría pensarse que el siglo XVIII la interrumpe: ni aun la rigidez neoclásica logra extinguir el antiguo fuego: muchas chispas indican cuán poderosa es aún la combustión. Bien pronto con el favor del Romanticismo la línea de nuestra antigua materia épica resurge en el poema, en el teatro. Y el estudio científico en la segunda mitad del siglo XIX y en la primera del XX (Milá, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal) es, a su modo,

(6) Probablemente el proceso de desintegración es algo anterior. Véase lo que decimos más adelante.

un nuevo avatar, un nuevo renacimiento de los antiguos temas. Con él viene una nueva y relativa divulgación.

Este cuadro, que es el que sale de *La Epopeya Castellana*, es pura realidad histórica; ahí está comprobable, al alcance de la mano para quien quiera leer, legítima gloria de España, casi clave de su destino histórico y de su voluntad de permanencia.

Otros puntos, sin embargo, tocados ligeramente en el libro (como correspondía a las lecciones que le dieron origen) pertenecen a la esfera de lo teórico. Algunos son controvertidos. Podríamos citar como ejemplo las relaciones mutuas entre cantares y romances. Para Menéndez Pidal, los romances más antiguos se han desgajado de los cantares. Los trozos más patéticos o más divertidos de los cantares se grabaron en la imaginación popular, fueron repetidos una y otra vez, y así, arrancados del poema, fueron entregados a una lenta obra de refundición, contaminación y erosión. Cuando se compara, por ejemplo, el romance *Pártese el moro Alicante* con las lamentaciones de Gonzalo Gustioz ante las cabezas de sus hijos, según el *Cantar de los Infantes de Lara* (salvado en esa parte) (7), vemos bien que no sólo la materia es la misma, sino en parte su distribución, su moldeamiento; más aún, versos íntegros han pasado del *cantar* al *romance*. Ante ejemplos de esta clase resulta exacta en su más estricto sentido la teoría de la fragmentación, expuesta por Menéndez Pidal: el romance *Pártese el moro Alicante* se ha desgajado de una versión del cantar de los *Infantes* (8).

Mas en esto del nacimiento de los romances hay aún muchos

(7) En la segunda versión del Cantar; ese pasaje falta en la prosificación de la primera. Entwistle (*European Balladry*, 168) cree que este ejemplo no hace prueba absoluta por la pérdida del "original épico". Ahora bien, si hay cosa segura en historia literaria es que en el ms. de la Bibl. Nac. de la *Refundición de la 3.ª Crón.* (nomenclatura de Pidal) el cronista, movido probablemente por el patetismo del momento, nos ha conservado intacto el texto del "original épico" del "planto" ante las cabezas de los infantes. Comp. en mi *Antología de la Poesía Esp. de la Edad Media*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1942, los núms. 14 y 225 (1.ª ed., núms. 13 y 225).

(8) Otros romances, según Pidal, proceden de condensación de largos pasajes de un poema épico. Así, en el mismo *Cantar de los Infantes*, la parte de la venganza se habría reunido en el romance "A cazar va don Rodrigo" (en mi cit. *Antología*, núm. 226).

puntos oscuros. En esta primera edición española de *La Epopeya Castellana* hace Menéndez Pidal, al llegar al origen de los romances (págs. 139-140), una importante modificación respecto a la francesa de 1910: admite ahora cómo en el nacimiento del romancero pudo influir el género de las baladas que florecía en Europa en los siglos XIV y XV (9). A las baladas debería el romance el nuevo enfoque de los temas, su lírica movilidad y rapidez, su tendencia a un metro regular, frente a la irregularidad métrica de los cantares. El romance histórico de procedencia épica y la balada habrían llegado a cruzarse en cuanto a la forma en España. Esta adición de Menéndez Pidal modera la rigidez de la exposición anterior. Sí, no nos cabe duda de que el romance existía ya como género independiente en el siglo XIV: romances como el de los Carvajales o como los del rey Don Pedro lo prueban (10).

Ningún punto más debatido que el de los orígenes de la épica. Al mostrar a un público norteamericano, en 1909, el vasto panorama de la epopeya de Castilla, no podía esquivarlo Menéndez Pidal, o su construcción tenía que asentarse en el aire. Por eso decíamos al principio que, en realidad, Bédier y Pidal fueron casi al mismo tiempo a los Estados Unidos a hablar de un mismo tema.

Es Pidal el mayor representante de la opinión que cree en la continuidad de la materia y aun de las formas épicas. Lo que hemos ya dicho lo pone de manifiesto. Cree que los hechos históricos han dado origen a leyendas, y éstas a narraciones poemáticas, y que a esta forma se llega poco después de los hechos mismos. Los poemas, mientras viven, están sujetos a un proceso de refundición que, en general, los va alargando, cargando de episodios y exagerando. Nuevos poemas cantan aspectos de la vida del héroe, de los que antes, en los poemas primitivos, no se decía nada. Los cantares pasan a los romances, y éstos son, en cierto modo, prolongación de aquéllos. Cuando la eficacia pro-

(9) Ya en 1928, en la *Flor nueva de Romances viejos* (pág. 18 y sigs.) atendió M. Pidal a este aspecto de los orígenes del romancero.

(10) A mediados del siglo XIV lleva una y otra vez Entwistle (*European Balladry*, sobre todo pág. 156 y sigs.) el origen de los romances. Creo que a esa época (por lo menos) hay que llegar. Cirot lo había apuntado ya, *Bull. Hisp.*, XXX, 1928, pág. 253.

creativa de la forma cesa, entonces la materia sigue viviendo en formas nuevas (teatro de los siglos XVI y XVII, poemas y teatro del Romanticismo, estudio positivo de los siglos XIX y XX). A esta continuidad, que podemos llamar histórica, pues en líneas generales se desarrolla ante nuestros ojos, y es comprobable en cada uno de sus puntos, viene a juntarse otra pre-histórica o preliteraria, en la que hay que proceder por atisbos. Hacia atrás la línea sería prolongable primero con los primitivos poemas hipotéticos de entre los siglos X y XII (11). Admitida su existencia, ¿qué hubo antes?

A esta pregunta, los partidarios de la continuidad han respondido de varios modos: unos, como Gaston Paris (12), piensan en cantilenas, breves composiciones de forma lírica y contenido narrativo, originadas poco después de los sucesos históricos. Hacia fines del siglo X, juglares profesionales habrían juntado canciones sobre un mismo tema, les habrían infundido una idea y un espíritu. Así habría nacido la epopeya medieval. Este proceso habría quedado perfecto a fines del siglo XI, época de la *Chanson de Roland*.

Pío Rajna daba otra interpretación (13): partiendo de las coincidencias entre las tradiciones merovingias y la épica medieval francesa, creía en una transmisión de la primera a la segunda: en la épica merovingia se habría basado otra primitiva carolingia; en ésta, la que ya nos es conocida. Las coincidencias de la épica francesa con la medieval alemana venían a comprobar esta ascendencia común. Naturalmente, los francos, en el momento de su romanización lingüística, habrían sido los elementos transmisores.

En general, en estas teorías (14) se prescindía de lo español, porque se creía que España no había poseído epopeya. Cuando

(11) En la *Crónica Najerense* (hacia 1160) se puede rastrear la forma primitiva de un poema sobre Fernán González, de otro sobre la mujer del conde Garcí Fernández (970-995), de otro sobre el infante García (asesinado en 1029), de otro sobre el cerco de Zamora y algunos más. (M. Pidal, *Relatos poéticos en las crónicas medievales*, RFE, X, 1923.)

(12) En la *Histoire poétique de Charlemagne*, 1865, con retoques a su teoría en muchos trabajos posteriores.

(13) *Origini dell'epopea francese*, 1884.

(14) Pío Rajna, al publicar sus *Origini*, ya conocía el libro de Milá.

Gaston Paris llegó a conocer los resultados sorprendentes del libro de Milá, rectificó; pero entonces pensó que la epopeya española, más tardía en sus monumentos conocidos, no podía ser sino una consecuencia de la francesa.

Ya en su libro de 1910 combate Pidal esta última opinión: si el *Poema del Cid* es del siglo XII, no cabe duda de que existieron poemas sobre Fernán González y los Infantes de Lara, redactados poco tiempo después de vivir estos personajes; hay que retrotraer la épica española por lo menos al siglo XI. Además, para Pidal, la epopeya española se basa, lo mismo que la francesa, en la germánica. Lo que para ésta, según Rajna, fueron los francos, fueron en la española los visigodos. Jordanes recoge las huellas de tradiciones godas que parecen indicar fuente poética; más aún, nos informa de que los visigodos celebraban los hechos de sus caudillos y de que los godos cantaban acompañados por la cítara héroes como Eterpamara, Hlanale, Fridigerno y Vidigoia. Pero ocurre que estos dos últimos son precisamente visigodos. Walter de Aquitania, sin duda un visigodo, es cantado en la épica posterior germánica, y no es más —dice Pidal— que el mismo Don Gaiferos de nuestro romance, que había de desquiciar un día a Don Quijote. Por otra parte, las costumbres medievales, según nuestra épica, revelan origen germánico y lo mismo indica el espíritu que esa epopeya respira. Sólo a partir del siglo XII habría sufrido la épica española el influjo del momento áureo de la francesa.

Notemos antes de pasar más adelante el refuerzo que descubrimientos y teorías recientes vienen a dar a la tesis de Rajna, y de rechazo a la de Pidal. Los hallazgos arqueológicos y el estudio de la toponimia aseguran una gran intensidad de la colonización franca hasta el Loira, y a la indudable época de bilingüismo franco-románico ha atribuido Wartburg (15) gran importancia. Wartburg cree que esa época de bilingüismo dura tres siglos (del V al VIII), y habría tenido gran influjo sobre la

(15) Wartburg, "Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume", en *Zeitschrift für romanische Philologie*, LVI; *Die Entstehung der romanischen Völker*, Halle, 1939. Resúmenes de su teoría en *Evolution et structure de la langue française*, 1.ª ed., Leipzig, 1934 (hay segunda edición). Un resumen pormenorizado y crítica se encontrarán en mi reseña, *Rev. de Philología Esp.*, XXIV, 1937; 384-396.

lengua francesa: a la pronunciación de los jefes francos cuando hablaban románico se deberían las especialísimas características del vocalismo francés actual. A esa época de bilingüismo habría que atribuir también, por tanto, el paso de la épica germánica a la románica. Nada de particular tiene que un germanista como Frings, que ha aceptado las teorías de Wartburg (16) dé una explicación cercana a la de Rajna para el origen de la épica.

El caso de los visigodos no es igual. Invasores, menos numerosos que los francos, su romanización debió de ser también más rápida. Según Gamillscheg, al retirarse los visigodos al sur de los Pirineos, en 507, la lengua gótica gozaba aún de pleno vigor. Pero debió irse adelgazando a lo largo del siglo VI y extinguirse totalmente poco después. "Puede afirmarse —dice Gamillscheg— que el siglo que va desde el año 600 al 700 representa la caída del mundo visigótico" (17). No se olvide que en nuestra Península lo románico tuvo que ser siempre lo predominante. Pero es evidente que no faltaron las condiciones mínimas para la transmisión. Una delgada capa, pero que es la superior del país, no basta para dejar una huella profunda en la lengua (como, según Wartburg, ocurrió en Francia), pero sí para transmitir leyendas o tradiciones poéticas.

Considerando en conjunto estas teorías, la de Paris, la de Rajna y la de Pidal, vemos que por muchas y grandes diferencias que las separen en el pormenor, todas ellas se basan en una continuidad de la tradición, todas ellas tratan de encontrar condiciones previas que expliquen cómo junto al hecho histórico pudo surgir la leyenda poética y de ésta nacer el poema épico.

En estupendo contraste vino a alzarse la teoría de Bédier (18). Esta, contra todos, destruye la continuidad. Contra Rajna y Pidal, derriba toda idea de comunidad germánico-románica. Más aún: aísla totalmente a Francia: la epopeya fran-

(16) "Französisch und Fränkisch, 7. Die nordfranzösische Diphthongierung", en *Zeitsch. für rom. Philologie*, LIX, 1939; pág. 257 y sigs.

(17) "Historia lingüística de los visigodos", en *Rev. de Filología Esp.*, XIX, 1932; pág. 126.

(18) *Légendes épiques*. Cuatro vols., 1908-1913; varias ediciones posteriores.

cesa "n'a rien de germanique, elle n'a rien que de français" (19). La lejanía entre hechos históricos y poema es especialmente grande en épica francesa. A la pregunta ¿cómo se establece el vínculo entre, por ejemplo, la derrota del ejército de Carlomagno en los Pirineos el día 15 de agosto del año 778 y la *Chanson de Roland*, de hacia 1100?, trataba de contestar Paris llenando la laguna con sus cantilenas y versiones primitivas de la del poema. Bédier contesta ahora: entre los hechos y los poemas no hay nada. Nada en realidad; sólo algún dato histórico conservado en algún documento, unas cuantas supuestas reliquias en algún santuario, en algún caso la tumba del héroe, algunas leyendas locales en torno a estos testimonios, nada más. Los monasterios tratan de atraerse el flujo de los peregrinos y de propagar sus tradiciones y especiales cultos: los monjes comunican estas tradiciones a un auténtico poeta, y éste, sobre tan débil base, fantasea una canción. Todo el importante ciclo de Guillaume, por ejemplo, habría surgido en torno a la abadía de Gellone y la *Via Tolosana*, uno de los itinerarios posibles por tierra francesa para la peregrinación a Santiago. A principios del siglo IX el conde Guillermo de Tolosa se retiró del mundo y fundó esa abadía, en la que murió y fué sepultado. Tres siglos más tarde, los religiosos de la abadía, interesados en atraer hacia su santuario los peregrinos de Compostela, habrían explotado los pocos recuerdos del personaje, habría habido una especie de colaboración entre ellos y los juglares, y así habría nacido el ciclo, sin más base histórica que el personaje y unos cuantos escuetos documentos y la tumba. La vía de Roncesvalles habría dado origen a la *Chanson de Roland*; otros poemas habrían salido de las rutas de peregrinación de Italia. En resumen: ni continuidad épica ni historicidad de los poemas, salvo en el microscópico germen que les habría dado origen. Los poemas habrían surgido a tres siglos fecha, por una especie de propaganda o atracción de turismo.

Esto es lo que Bédier demuestra una vez y otra vez. Los resultados vienen a coincidir (20) siempre con un —prodigio—

(19) *Lég. ép.*, IV; 475.

(20) Mínimas diferencias son la atracción de una feria o de un mercado, etc.

so— rigor y con una claridad, digámoslo sin ambages, de sospechosa nitidez. Última consecuencia: el caso épico francés es francés solamente; nada de tradición germánica. Todo cordón umbilical se rompe, pues; la rama francesa se desgaja así violentamente del inmenso y rumoroso árbol europeo: ha nacido en Francia, en el siglo XI, aislada, como una planta que por casualidad brota en un desierto.

Muchos son los que se han rendido al encanto de este libro, ciertamente admirable. Lo mismo nos ocurrió —lo confesamos— cuando hace un cuarto de siglo leímos por primera vez las *Légendes épiques*. La teoría de Gaston Paris, que era la verdad oficial francesa a principios de siglo, comenzó a arrinconarse y en los manuales se instauró otra verdad oficial: la teoría de Bédier. Así pasan todas las glorias humanas.

Pero pronto también —y creo que mis sensaciones se corresponden con las de muchos otros lectores de las *Légendes épiques*— empezamos a sospechar de libro tan bien adobado. Allí se explica todo: todas las canciones se esclarecen y todas se esclarecen lo mismo. Sospechosa identidad. Y el investigador que nos juraba ser de la objetividad más desapasionada y haberse encontrado la tesis sin proponérselo, se nos descubría como el más cauto, hábil y socarrón de los abogados. ¿Se nos permitirá decir que toda la obra apesta a *plaidoyer*, que está —como diría Unamuno— demasiado bien escrita? Debo reconocer mi habitual escepticismo y mi desconfianza ante todas las tesis sorprendentes y brillantes. La realidad es varia, compleja, sinuosa, entrelazada y oscura.

Por de pronto ocurre una cosa rara. Aquí, al lado de Francia, en España, existe una épica en la que la historicidad y la continuidad, por lo menos en aquello que es palpable (unos cuatro siglos), quedan gracias a los estudios de Menéndez Pidal perfectamente comprobadas. Don Ramón siguió serenamente sus trabajos, indiferente a la barahunda levantada por el libro de Bédier. El *Poema del Cid* es una obra de ficción, una obra novelesca, pero fundada en una trama de realísimos hechos históricos, tanto que casi todos los personajes que en él figuran han sido seres de carne y hueso, de identidad perfectamente

conocida y contemporáneos del héroe (21). Luego tomó Pidal el *Romans del Infant Garcia* y comprobó punto por punto su radical historicidad: páginas admirables (22). Pero la épica española no se explica por una fórmula mágica, tan idéntica que llegue a ahitar al lector: naturalmente, al lado de *cantares* en los que predomina la historicidad, hay otros en que los elementos fabulosos tienen la mayor parte, como en el de Bernardo del Carpio. Curiosamente también, la épica española, tardía a juzgar por los textos conservados, presenta, frente a la francesa, caracteres de gran arcaísmo: continúa siempre apegada a la asonancia que la francesa abandonó a mediados del siglo XII. En la métrica por ninguna parte asoman exquisiteces como el pulido decasílabo (23) que del *Alexis* pasa a la *Chanson de Roland*: nuestra épica permanece siempre ligada a un ritmo irregular, como el *Cid*, los fragmentos conservados de los *Infantes*, el de *Roncesvalles* y aun el mismo *Rodrigo* y algunos romances viejos lo prueban. ¿De dónde viene esta métrica irregular? Ocurre que también los juglares anglonormandos y los francoitalianos y venecianos la practicaban, y si se sitúan todos estos puntos en un mapa, la primera idea es la misma que tuvo Gilliéron al contemplar los arrinconados restos de *apis* en el mapa de Francia, es decir, pensar que estos puntos aislados son testigos de una capa continua que cubría todo el espacio intermedio. Estos restos de anisosilabismo representarían, pues, un tipo de versificación más arcaico, un día común a la juglaría románica. Dicho de otro modo: los primeros monumentos conservados de épica francesa nos permiten descubrir un rasgo arcaico de la versificación (el asonante) que Francia abandonaría pronto; no es aventurado pensar que si se hubieran conservado poemas franceses más antiguos nos hubieran descubierto también la irregularidad que mantienen los españoles. Y,

(21) Véase ahora, para las últimas identificaciones, Menéndez Pidal, *Mío Cid el de Valencia*. Valencia, 1943.

(22) "El *Romans del Infant Garcia* y Sancho de Navarra antiemperador", en M. Pidal, *Historia y Epopeya*. Madrid, 1934.

(23) Para la manera de medir francesa; endecasílabo, para la nuestra, pero no del tipo italiano que se aclimatará en España en el siglo XVI.

en fin, la llamada *a* paragógica de la épica española no es más que un gran arcaísmo lingüístico, el uso de los siglos x y xi, fijado, por su especial tendencia conservadora, en el verso. Es esa *a* paragógica testimonio precioso de una tradición juglaresca más antigua, de la existencia de poemas anteriores al siglo xii, que no hemos conservado. La épica española se manifiesta así independiente de la francesa, pero ligada a ella por una ascendencia común (24). Todo ello se compagina mal con los hallazgos de Bédier.

Pero el castillo orgullosísimo de Bédier (léanse las últimas palabras de su libro, que ningún mortal debería pronunciar bajo las orejas de los dioses) comenzó muy pronto a ser desmantelado por todas partes. Primero rompió el fuego, quién lo diría, el amigo, el confidente: Ferdinand Lot asestó recios golpes a la estructura, en una serie de rigurosos artículos en la *Romania*. Después muchos (Cloëtta, Pauphilet, etc.) (25) cayeron sobre un punto bien vital en la teoría y, ay, bien de vidrio: Bédier ha creído que las tradiciones o reliquias locales (los zancajos de tal héroe, o su espada, mostrada en tal sitio, etc.) han sido la base de los poemas. Ahora bien, la experiencia diaria, y perfectamente renovable, prueba que lo que suele ocurrir es precisamente lo contrario: las tradiciones locales son inconsistentes, tornadizas, y se crean precisamente a consecuencia de la obra literaria. Por ejemplo: he aquí lo que halló en la tierra de los Infantes de Lara Menéndez Fidal, y son palabras escritas (26) mucho antes de existir la teoría de Bédier y, por tanto, nada sospechosas: "Allí donde la tradición debería presentarse más original y pura, en Lara (etc.) todos cuentan cómo Doña Lambra se enamoró de Gonzalvico y cómo después fué tenida por bruja; todos conocen a su sobrina Blanca y al negro Jamrú o Juan

(24) "La forma épica en España y Francia", en la *Rev. de Filología Esp.*, xx, 1933.

(25) Bibliografía de ataques tempranos contra Bédier puede verse en Voretzsch, *Altfranzösische Literatur*, 3.ª ed., 1925; págs. 100-102. Pauphilet publicó su artículo (*Sur la Chanson de Roland*) en la *Romania*, LIX.

(26) *Leyenda de los Infantes de Lara*. Madrid, 1896; pág. 175 y sigs. (hay segunda edición facsímil, Madrid, 1934, con un nuevo Apéndice).

Ruiz, y, sin embargo, estos personajes y estos incidentes nunca fueron mencionados hasta que publicó su novela Fernández y González, la cual como única y verdadera historia es leída universalmente..." ¡La tradición local había surgido de *Los siete Infantes de Lara*, novela de Fernández y González, impresa en 1853, y luego otras veces! En Lara se conserva una colección de cuadros del siglo XVII (en el Ayuntamiento) que representan personajes de la leyenda, pero sus nombres indican que vienen de la conocida comedia de Matos Fragoso. ¡Otra vez la obra literaria es la que produce una tradición local! Pues sobre este puntito mínimo y fragilísimo está, en realidad, fundada toda la teoría de Bédier.

Otros la han atacado desde perspectivas distintas. Fawtier (27) ha mostrado cómo usos, instrumentos y geografía, etc., de la *Chanson de Roland* casan a veces mal con las condiciones de hacia 1100 y son en el poema testimonios de la existencia de versiones bastante anteriores; Foerster ha probado cómo la técnica de los primeros poemas épicos está indicando un largo aprendizaje, el desarrollo de una larga escuela. Los atacantes son legión. En fin, Frings (28) muestra otra vez la comunidad de los fenómenos épicos europeos (desde Rusia hasta Francia y España); la rama francesa no es un árbol independiente, sin relación tradicional y sin antecedentes literarios, surgida por una casualidad o una necesidad de fomento del turismo en el suelo francés allá en el siglo XI. Es una parte de un gran todo; es sólo una rama de un inmenso árbol, crecido en suelo común. Y Frings acepta plenamente los resultados de Menéndez Pidal.

He aquí cómo las líneas fundamentales del panorama de nuestra épica que Menéndez Pidal expuso en su visita a Baltimore en 1909, y que luego fué aclarando aún y asegurando en los pormenores, con trabajo sereno e ininterrumpido, están total-

(27) *La chanson de Roland, Étude historique*, 1933.

(28) *Europäische Heldendichtung*, conferencia pronunciada en la Universidad de Amsterdam en 1938, publicada en *Neophilologus*, XXIV. Contra Bédier ha publicado recientemente un libro, que no conozco, el italiano E. Benedetto.

mente en pie, vivas en medio de la discusión; más aún, cómo según mengua la marca de las elucubraciones de Bédier (29) resultan más que nunca de rigurosa actualidad.

DÁMASO ALONSO.

TREVOR EVANS: *Bevin*. George Allen & Unwin Ltd., London, 1946. 231 págs.

El año de 1934 aparecía la tercera edición de un libro diminuto en volumen pero denso en contenido. Su autor, Alfred Zimmern. En el mismo se recogían una serie de conferencias dictadas por Zimmern en Columbia University, de Nueva York. El título de la obra, nos da a entender cuál es la tesis sostenida por el autor; rotúlase el libro *El Tercer Imperio británico*, de cuya denominación se deduce, sin esfuerzo, que Inglaterra fué construyendo su concepción im-

(29) Todo lo dicho aquí sobre la obra de Bédier es convicción que no contradice en nada la enorme admiración que siento por el sabio francés y por su obra. Las *Légendes épiques*, aunque su tesis sea equivocada, son un libro espléndido, la más bella y excitante introducción a la lectura y estudio de la épica francesa. Hay puntos además en que las ideas de Bédier me parecen irrefutables. Por ejemplo, su defensa del autor, del poeta ("Turoldus vindicatus", *Lég. Ép.*, III; 410 y sigs.). Lo mismo el *Poema del Cid* que la *Chanson de Roland* son obra de poeta único y genial. Las refundiciones de poemas épicos hay que considerarlas, me parece, a la misma luz. Distinto es el caso de los romances; creación también de poeta individual, estas piezas han rodado en la memoria de muchos, sufriendo alteraciones a veces embellecedoras. El concepto de tradicionalidad no puede ser el mismo para el poema largo y el romance breve. Otra idea que creo acertada, si se la limita, es la de la participación de antecedentes cultos. Bédier piensa que los influjos literarios en las *Chansons* (y lo que puede justificar su repentina aparición en cuajada forma) son la Biblia, Virgilio, las vidas de Santos. La participación limitada de estos influjos la creo indudable, aunque mucho mayor en el *Roland* que en nuestro *Poema del Cid*. La persistencia de temas greco-latinos en la tradición medieval está siendo brillantemente estudiada por Curtius; independientemente había analizado Américo Castro el concepto clásico del héroe, en el *Cid del Cantar*, en un importante artículo publicado en *Tierra Firme*.

perial a través de una serie de experiencias, que se inician con la gran lección de la secesión norteamericana y que culminan en el Estatuto de Westminster, que hizo posible la constitución de la *British Commonwealth of Nations*. Alfred Zimmern nos dice en la fase inicial de su obra: en 1914, entre los Estados a la sazón existentes, podían contarse un Imperio británico, un Imperio alemán, un Imperio ruso, un Imperio otomano y un Imperio austrohúngaro. Después, aquellos Imperios han dado nacimiento a otras tantas Repúblicas; el único subsistente ha sido el *British Empire*. Zimmern, situado ante ese contraste de epílogos, se pregunta:

- 1.º ¿Por qué ha subsistido el Imperio británico, al tiempo que sus homónimos han desaparecido?
- 2.º ¿Cómo ha sobrevivido el Imperio británico?
- 3.º ¿Cómo puede justificarse esa supervivencia en una edad que diríamos destinada a registrar el fenómeno, al parecer insoslayable, de la disolución imperial?

A la primera cuestión, Zimmern contestaba: La supervivencia del Imperio británico debe explicarse teniendo en cuenta que encerraba principios de vitalidad desconocidos por los otros Imperios; esa fuerza vital la deparaba un hondo sentido de libertad; pero la libertad no es una posesión muerta, sino un poder activo, un poder que se desenvuelve, un poder que, en determinadas circunstancias, se transforma. Por ello, agregaba Zimmern, el Imperio británico no es el de 1914. Cuando se escriba la historia del Imperio británico, los que columbren el pretérito de esta curiosa experiencia deducirán sin esfuerzo que han existido tres períodos distintos en el proceso formativo del Imperio británico. El primer Imperio británico se ofrecía con las características clásicas de un Imperio colonial, pero su vida se adivinó impracticable cuando, en 1776, se registró la secesión norteamericana. Así nació el segundo Imperio británico, apoyado en la supremacía naval inglesa, que posibilitaba el contacto entre partes imperiales o coloniales alejadas entre sí. Este segundo Imperio desapareció inevitablemente en 1918, cuando su nombre fué reemplazado por el de *The British Commonwealth of Nations*. Lord Balfour,

en su histórica ponencia de 1926, quiso ofrecernos un perfil de ese tercer Imperio, cuando escribía: «Dispersas en las cuatro esquinas del mundo, sus partes integrantes tienen características muy diferentes, historias desemejantes y se encuentran en etapas distintas de su evolución. Por otra parte, considerado como un todo, el Imperio desafía toda posible calificación y no presenta semejanza alguna con todo otro tipo de organización política actualmente en vigencia o que haya constituido una realidad en el curso de la Historia.» Como puede apreciar el lector, faltan aquí dos notas, que, según la concepción clásica, constituían el meollo de todo imperio; a saber: unidad y homogeneidad; aquí se nos ofrecen, por el contrario, estos dos elementos: variedad y multiplicidad. Así lo caracterizaba Chamberlain cuando decía: «Mírense las relaciones entre las diferentes secciones del Imperio británico. La unidad del Imperio británico no ha sido constituida sobre la base de una constitución lógica. No está siquiera basada en una constitución. Porque queremos conservar a toda costa el margen y la elasticidad.» Es decir, según la concepción de los dos citados prohombres conservadores, elasticidad que permite a un tipo de organización imperial ser biológico; marginalidad que posibilita la adaptación al movimiento. En este sentido puede decirse del Imperio británico que constituye una auténtica creación continua, o lo que es igual: imposibilidad de que el Imperio británico cristalice en una determinada forma definitiva. Ello sería incompatible con la doble presencia del margen y de la elasticidad, ya que ambas normas, que permiten una cierta libertad de movimiento en el tiempo y en el espacio, ni garantizan la cohesión ni preservan de la intangibilidad. Ello quiere decir que el Imperio británico puede a la vez transformarse y retraerse, sin que la alteración de sus esencias o el amenguamiento de su extensión constituyan esa partida defuncional a la cual vienen aludiendo quienes abrigan no sabemos qué oculto o estúpido designio respecto a la disolución imperial británica.

Hoy el libro de Zimmern resultaría tal vez un anacronismo, tanto en lo que hace relación a su título como en lo que afecta a su contenido. Por eso nosotros, en otro la-

gar, hemos dedicado un artículo a caracterizar lo que denominábamos el cuarto Imperio británico, considerando que así como el tercero nació al extinguirse la primera guerra europea, este otro va tomando forma a impulsos de la contienda que estalló en 1939 y pervivió hasta 1945. La última guerra acaso proyectó su influencia en el sentido de aflojar determinados lazos de sujeción —caso de la India—; pero, como lo hacía notar recientemente el que fuera Alto Comisario de Australia en Londres, S. M. Bruce, «somos un gran grupo de naciones, unidos más íntimamente que cualquier otro grupo internacional por nuestra común pleitesía al Trono y por nuestras comunes aspiraciones e ideales». Pero mientras Inglaterra pugna por navegar, embarcada en la doble modalidad del margen y de la elasticidad, en el mundo extra-británico se producen cosas que no sería bueno silenciar, si es que pretendemos penetrar en este panorama dramático que nos rodea.

El Imperio británico y su pervivencia constituía una idea fija en la mente del Presidente Roosevelt. Al menos ello se deduce de lo que consignado por Elliot Roosevelt en su obra *As He Saw It*, reflejando en sus páginas, con ingenuidad, los pensamientos de su padre fallecido. Cuando Churchill hacía saber al Presidente Roosevelt que él no era Primer Ministro de Su Majestad para asistir filosóficamente a la disolución del Imperio británico, Roosevelt decía a su hijo, refiriéndose a Churchill: «Pero sus ideas del Imperio no son del siglo XIX, sino del XVII, y nosotros estamos librando una guerra del siglo XXI. A Dios gracias la balanza ha oscilado un poco y no es ya una guerra para sobrevivir, pero algo muy cerca, muy cerquita es; y una de las razones principales de que fuese una cosa de éstas es su creencia en la eternidad del Imperio.» Y en otro lugar: «El caso es que vamos a poder ejercer sobre los británicos la presión suficiente para obligarlos a ponerse en línea con «nuestra» manera de pensar en relación con «toda» la cuestión colonial.»

Churchill reaccionaba al fin con estas palabras: «Señor Presidente, creo que está usted tratando de acabar con el Imperio británico. Todas las ideas que usted abriga respec-

to a la configuración del mundo de la postguerra lo prueban. Pero a pesar de ello —y agitó fuertemente su dedo índice—, a pesar de ello, nosotros sabemos que ustedes constituyen nuestra única esperanza. Y —con voz que adquirió un grave tono dramático— «ustedes» saben que «nosotros» lo sabemos. «Ustedes» saben que «nosotros» sabemos que el Imperio no subsistirá sin la ayuda de Norteamérica.»

Es curioso constar hasta qué punto pesaba como una obsesión en el ánimo del Presidente Roosevelt su creencia de que era inevitable asistir a una liquidación de los imperios coloniales, en plural; por ello decía a su hijo Elliot: «Todo está ya bien atado en el mismo bulto. Las Indias Orientales holandesas, la Indochina francesa, la India, los derechos extraterritoriales en China. Después de todo, vamos a poder hacer algo en este siglo xx. Tú observa y mira.»

No compartía Churchill la idea rooseveltiana del apuntalamiento imperial; indudablemente Inglaterra, caso de ser netamente vencida, vería hundirse irremediamente su estructura imperial; pero no resulta menos evidente que no todo es coacción en la experiencia imperial inglesa; el propio hecho de que los apuntaladores dialécticos de la Comunidad Británica de Naciones, esgrimiendo su sistema de relaciones plásticas, apelasen constantemente a las dos válvulas de seguridad, representadas por el margen y la elasticidad, evidencia que no se trata de ofrecer el perfil de una organización rígida, respecto de la cual sólo es practicable el sistema de la sumisión o de la explosión, sino de aceptar, resignada, la posibilidad de secesiones, que producidas dentro de un sistema jurídico, desposeyesen tales ademanes centrífugos de toda posible reacción coercitiva.

Irlanda fué neutral a lo largo de la guerra de 1939 a 1945, y aun cuando aquella posición inhibitoria perjudicaba substancialmente a Inglaterra, especialmente en la fase álgida de la guerra submarina alemana, vedaba a Albión toda reacción de fuerza, ya que dentro de la Comunidad de Naciones Británicas, por el hecho de estar éstas libremente unidas, se reservan el derecho de secesión, como prerrogativa que nadie puede poner en tela de juicio. Pero el caso

de Irlanda no era el primero ni el último que se ofrecía al atento observador de la experiencia imperial británica. Restaba el problema de la India, y respecto del mismo, ni el margen, ni la elasticidad, ni la inclinación plástica y emergente podían ofrecer adecuada solución. Inglaterra ha ofrecido a la India su total independencia para el mes de junio de 1948; mas ese desistimiento anunciado a plazo fijo no basta para desentender a Inglaterra de sus responsabilidades en la India, porque una cosa es ofrecer a la India su independencia y otra muy distinta el que ésta se encuentre en condiciones de practicarla, realización que presupone acuerdo previo entre los indúes y los mahometanos, avenencia que el tiempo, lejos de posibilitar, dificulta, por la interposición de la tesis musulmana, centrada en la condición *sine qua non* de un Pakistan independiente. Inglaterra no podría, aun cuando fuera ése su deseo, embarcar sus fuerzas en junio de 1948, abandonando la India y dejándola entregada a los horrores de un cruenta guerra civil, de imprevisible desenlace. Otros podrían aprovechar esa lucha fratricida para introducir su quinta columna, infiltrarse y encontrar un nuevo teatro para sus experiencias expansivas, que no reconocen ni límite en el espacio ni dosificación en punto a audacia. Por ello la necesidad de que Inglaterra tome una posición, que no sea precisamente la inhibitoria del partido laborista. Cuando suene en el reloj del mundo esa hora histórica, Inglaterra precisa de una mente clara, para que el seccionamiento del cordón umbilical indostánico no se traduzca en la anarquía —que sería peor que la muerte— del neófito. Inglaterra, se dice, precisa de un experto timonel, capaz de sacar el navío británico de esa zona ciclónica porque ahora navega a la capa. No sabemos hasta qué punto puede ser cierta esa tesis que hace depender la ventura o la desventura de un pueblo de la mera acción de un hombre. Pero aun existe quien abraza fe en los cambios de rumbo si el timonel cierra el timón a la banda. Por eso, no falta quien hable de reemplazar la prudencia y la circunspección de Attlee por la decisión y el temperamento rectilíneo de Ernesto Bevin. Por ello cobra innegable actualidad esa biografía de Bevin, que intenta llevar a cabo

Trevor Evans en el libro cuyo título sirve a estas líneas de encabezamiento.

Ernesto Bevin no es un político; parlamentariamente hablando, resulta un auténtico neófito; ya había rebasado los sesenta años cuando entró en la Cámara de los Comunes, su actividad se ha desplegado en el terreno social; en tal sentido resulta un magnífico auscultador de las previsibles reacciones del corazón humano. No es un mero oficinista del laborismo; ha conocido la estrechez y la miseria, que supo llevar siempre con dignidad y sin desfallecimientos, precisamente porque le anima siempre la fe. La lucha, de que fué protagonista, no fué fugaz, sino persistente y callada; de ese contacto con la realidad, cofre donde se albergan en desigual proporción las decepciones que no matan las ilusiones, extrajo Bevin un criterio de envidiable equilibrio. Fué y es polemista, atesorando todas las gamas que son patrimonio específico del que al fin impone su tesis; la paciencia persistente, cuando era necesaria; la reacción contundente, cuando la estima precisa. Esto, que practicó durante cerca de medio siglo en el campo social, debió realizarlo después en la esfera política, cuando el laborismo, tras su espectacular suceso de 1945, debía enfrentarse con una compleja realidad. No es un iconoclasta como Gromyko, hombre de ideas picudas, no avezado a la polémica, que en su país carece hasta de posibilidad metafísica, ausencia de elasticidad que le lleva a formular acusaciones de tipo sensacionalista, que casi nunca evidencian y que habitualmente cobija bajo el sistema consistente en abusar del derecho de veto. Tiene tras de sí Ernesto Bevin una masa a la cual es preciso convencer; de ahí su postura incómoda, determinada por la circunstancia de que, siendo un rudo oponente del comunismo en las filas proletarias ánglicas, muchos han querido realizar una deplorable maniobra dialéctica, con evidente ausencia de honestidad, tratando de inducir arbitrariamente que Bevin, anticomunista por convicción, lleva tal tendencia a la política internacional, utilizándola como medio adecuado para librar batalla frente a Rusia. Bevin desconcierta a sus detractores, proponiendo a Rusia extender a cincuenta años el actual tratado de alianza. Es de este

Ernesto Bevin de quien nos habla latamente Trevor Evans. Su biografía está muy lejos de ser ditirámica; está más cerca de la frialdad objetiva que del panegirismo sistemático. Por Trevor Evans sabemos que Ernesto Bevin ocupa hoy el Foreign Office, sin que el titular del mismo lo desease o lo presumiese; es cierto que en la conferencia anual del partido laborista, celebrada en Blackpool en mayo de 1945, intervino Bevin con evidente fortuna al hablar de la paz futura; pero no es menos cierto que para huéspedes del Foreign Office se barajaban los nombres de Hugh Dalton y de Phillip Noel-Baker. Bevin aspiraba a la Tesorería pero un día, inopinadamente, Attlee le dijo: «Ernest, quisiera que ocupara usted la Secretaría del Foreign Office y quisiera que mañana me acompañara a Postdam.» Así, sin sospecharlo, se veía Bevin instalado en el Foreign Office. El hombre que durante cinco años había movilizado y dirigido el esfuerzo británico, manejando con mano diestra el potencial humano, se veía repentinamente mezclado en el mundo de las complejidades internacionales, respecto de las cuales poseía una lúcida visión. Mas sobre este extremo conviene que nos expliquemos.

En mayo de 1940, cuando se inicia el estío lúgubre, que Churchill bautizará con el simbólico tríptico de «sangre, sudor y lágrimas», Winston llama a Bevin para que ocupe la Secretaría del Trabajo. Bevin, al frente de ese Departamento y a lo largo de cinco años, realizó una labor pasmosa, pero, bien entendido, no actuó con el dinamismo específico del hombre situado ante una emergencia, que por su forzoso episodismo no va a requerir más que cuidado de lo inmediato y pospuesta de lo remoto; trabajó para alcanzar la victoria; pero Bevin, compartiendo, sin percibirlo, la crisis de nuestros inmortales internacionalistas del siglo xvi, sabe que la guerra, e incluso la victoria, no son un fin en sí; que la guerra es, o debe ser, el camino cruento que conduce a la paz. Por ello no actuó Bevin con visión mediata y emergente, como hombre que cabalga a lomos del episodismo. Lo dijo bien diáfananamente: «No quiero ningún cargo que termine con la guerra. Tomo este Ministerio, que será permanente para nuestros hombres.» De su labor ci-

clópea dan idea estas cifras: las fuerzas armadas de Inglaterra suman, en 1939, 477.000 hombres; mediado 1945, ascienden a 5.086.000; la misma proporción en cuanto al incremento logrado en los servicios de la defensa civil, en las industrias de armamento. La ya recia personalidad de Bevin se reafirma cada día, y alguien, tras la constitución del Gobierno laborista, e intentando penetrar en lo que actualmente se vaticina como próximo futuro, dice: «Attlee es el llamado Primer Ministro, Morrison se figura ser Primer Ministro y Bevin es el Primer Ministro.»

Bevin es claro y tajante en sus concepciones internacionales; pero aprecia su complejidad y ello le preserva de caer en un peligroso simplismo yugulante. Piensa y dice que el drama de la paz de 1919 ha consistido en no otorgar participación en la misma a Rusia. Mas la presencia de Rusia puede constituir un elemento necesario de colaboración tripartita y oligárquica; pero toda oligarquía lleva en sus entrañas elementos de perturbación, y precisamente el distanciamiento temático ruso respecto del mundo anglosajón ha recluso a Rusia en la zona de los monólogos, y al prolongarse éstos, en la misma medida ha visto Rusia menguada su capacidad de diálogo. Bevin dice que para eliminar esos factores penumbrosos deben ponerse «las cartas sobre la mesa y boca arriba»; pero el tresillo es juego de caballeros y en él están de más quienes practican sistemáticamente la suspicacia, ocultando sus cartas, como cumple a quien ha vivido durante cuarenta años desconfiando de su propia sombra y practicando un régimen de pura delación. Además, Bevin ha dicho: «No podemos apartar fácilmente los prejuicios y las diferencias económicas. Los Estados Unidos son un país de empresa libre, la Unión Soviética tiene una economía interna socialista e Inglaterra se encuentra entre ambas.»

En el área territorial, inmensa, de la postguerra, como lo hace notar Trevor Evans, Bevin se encuentra con escaramuzas y emboscadas contra los soldados ingleses en Indonesia, hambre y desasosiego en la India, alteraciones de orden público en Egipto, misteriosos movimientos de tropas en Irán, confusión en Grecia, raids armados sobre

Trieste, intransigencia en Sudamérica. Bevin, ante ese panorama sembrado de inquietudes, se refugia en el humorismo y dice un día a sus colegas de Gabinete: «Si *estalla la paz* en algún lugar, ya se lo participaré a ustedes.»

Los ocho capítulos y el epílogo que integran la biografía de Trevor Evans nos hablan de un hombre que atesora un rico pasado, que se ve situado en el centro de un drama en acción y que acaso le espera aún más quehacer en el futuro. ¿Es éste el hombre que precisa la Gran Bretaña? ¿Es Bevin, como se asegura, el futuro *premier* británico? No parece existir otra figura de más acentuada reciedumbre que la de este hombre nacido en humildísima cuna, otrora repartidor paciente, y un día boicoteado, de aguas minerales; allá en un rincón del Somerset, por donde no pasa el tren, se vive con clara prestancia y con evidente sentido de la continuidad; este ambiente modeló a Bevin en su adolescencia, y es mucho el hacerlo notar cuando nos referimos a un mundo donde todo es contingencia. Por ello Bevin columbra y marcha con rumbo definido. Acaso el haber iniciado su vida específicamente política en plena madurez vital y con la aleccionadora experiencia ofrecida por el protagonismo de Bevin en las luchas sociales lo capaciten especialmente para guiar esta averiada nave británica, cuyo tonelaje se ha reducido, por la doble circunstancia de la crisis imperial y de haberse transformado de nación acreedora y con capitales salpicados sobre todas las esquinas de la Tierra en pueblo deudor y atribulado; del espléndido aislamiento victoriano se ha pasado a la necesidad de cooperación; mutación sustancial que requiere la acción de un hombre al cual su pueblo le otorgue crédito suficientemente dilatado para realizar una de las experiencias más arduas de cuantas nos ha brindado la historia del mundo.

CAMILO BARCIA TRELLES.

WILLIAM L. LANGER: *Our Vichy Gamble*. Alfred A. Knopf.
 Nueva York, 1947. IX + 412 págs.

Es difícil saber de antemano --en estos desdichados días de caótica confusión y desatadas pasiones, en que el juego internacional se sujeta a las coordenadas de una sutil hipocresía o de un asombroso cinismo, según las conveniencias-- dónde puede encontrarse la verdad. La verdad escueta y desnuda; sin interpretaciones interesadas; sin que se dome fácilmente a las conveniencias de las más bastardas ambiciones políticas.

Por eso, cuando comenzamos la lectura de esta obra de Langer, estábamos muy lejos de esperar la grata sorpresa de que la verdad de España --esta limpia y sencilla verdad, tan descaradamente tergiversada por unos y otros, por la cobardía, por la ignorancia y por el rencor-- se reflejase en sus páginas con tan nítida claridad. Más, cuando el tema del libro no es la política de neutralidad de nuestra Patria, sino que ésta aparece como algo accesorio, necesario tan sólo para completar la visión del cuadro histórico que el autor quiere presentarnos. Pero el secreto de este hecho que ahora nos sorprende es bien sencillo. Langer se ha limitado a consultar los textos históricos y a tejer su relato sin tergiversar su contenido. Reconozcamos que hacía mucho tiempo que se nos había olvidado la existencia de historiadores enamorados de su oficio que no pusiesen mercenariamente sus armas al servicio del mejor postor.

William L. Langer, profesor de Historia de la Universidad de Harvard, especialista en Historia diplomática europea moderna, que sirvió como "special assistant" en el Departamento de Estado norteamericano, es el hombre elegido por los yanquis para poner boca arriba, a la luz pública, las cartas de su *juego de Vichy*, una de las bazas más arriesgadas, oscuras y combatidas de su reciente empresa bélica.

Su obra está muy lejos de ser un ligero o insidioso reportaje de postguerra, en que el oportunismo sacrifique la simple verdad en aras del gran público. No hace falta adentrarse muchas páginas en la lectura para convencerse de que la honestidad científica que un espíritu universitario supone, preside los desvelos de Mr. Langer, y él mismo nos cuenta en el prólogo cómo

cuando el propio Cordell Hull —como persona más interesada— le propuso realizar “un detallado e independiente estudio de la política con Vichy”, su contestación fué que “sólo serviría como erudito desapasionado, no como apologista”. Quien lea con ánimo tranquilo *Our Vichy Gamble* se convencerá de que esto es algo más que una frase.

Por otra parte, el autor ha contado sin reservas con el apoyo oficial norteamericano. Una primera versión del libro, terminada en 1944, fué sometida a la revisión de personajes tan conspicuos como Cordell Hull, William C. Bullitt, el Almirante Leahy —antiguo Embajador de los Estados Unidos en Vichy, y actualmente una de las figuras más influyentes en Norteamérica—, Robert D. Murphy —organizador diplomático del desembarco en el Norte de Africa—, el general Donovan, Jefe del Servicio Secreto yanqui, y otros muchos.

Ha podido consultar fuentes de información “que no serán conocidas por el público en muchos años” y ha utilizado la documentación más completa que puede reunirse actualmente: no sólo los archivos del Departamento de Estado, sino los del Servicio Secreto yanqui, los del Departamento de Guerra y los de la Embajada Norteamericana en Vichy han sido puestos a su disposición. A este preciadísimo material hay que añadir los documentos del Eje capturados por los aliados, entre los que el autor destaca los referentes a las conferencias celebradas entre Hitler, Petain, Laval, Darlan y Franco, el sumario del juicio de Petain y los interrogatorios realizados por los aliados a los jefes alemanes después de la guerra, como los celebrados por Mr. Dewitt C. Poole y la *Special Interrogation Mission of the State Department*. Dudamos que nadie pueda presentar al menos por el momento, tan brillante arsenal de materiales, que hemos querido destacar con algún detalle, porque, indudablemente, del manejo desapasionado de estos documentos habría de salir a la luz pública la verdad histórica de los hechos.

Ciertamente que Mr. Langer no nos decepciona. Cuando llega el momento de ocuparse de la política seguida por España frente al gigantesco duelo por la posesión del Norte de Africa, traza un esquema histórico de la actuación de nuestro Gobierno, tan pleno de interés, que el mejor comentario será, necesariamente, mantener quieta nuestra pluma, dejando paso a las propias pa-

labras del autor, aun a riesgo de tener que conceder excesiva extensión a las citas.

La posible política de Madrid fué, durante mucho tiempo, y hasta la feliz coronación de la "Torch operation" —como designaron los yanquis a su desembarco en África— un obsesionador interrogante para los Gobiernos de Londres y Wáshington.

Es lógico que los aliados, desde el mismo momento de la derrota francesa, albergasen temores sobre una posible operación alemana contra el Norte de Africa a través de España. La ocupación del área del Mediterráneo occidental era una primaria exigencia estratégica, y, por otra parte, las tropas alemanas no podían encontrar otra resistencia, en aquellos momentos de total desorganización de las fuerzas aliadas, que la que pudiese oponer el Ejército español en la, al parecer, remota contingencia de que Madrid no se decidiese a apoyar abiertamente la expedición germana. Tan temida colaboración no era precisamente imposible para los ojos aliados en aquellos momentos, pues la veían como lógica consecuencia de la política de amistad con Berlín seguida hasta entonces por los españoles.

Sin embargo, el peligro latente no se plantea con perfiles de amenaza concreta hasta que, fracasada la ofensiva aérea contra Londres, Hitler proyecta una gran operación para la conquista de Gibraltar, Suez, Dakar y las Azores (pág. 82). Con objeto de prepararla y de buscar colaboraciones indispensables, el Führer alemán provocó una serie de conversaciones con Petain, Laval, Franco y Serrano Súñer. Estamos en los umbrales de la histórica conferencia de Hendaya, que va a marcar, de una vez para siempre y sin posible lugar a dudas, la pauta de la política española durante la pasada guerra. En aquella ciudad fronteriza, el Caudillo Franco iniciará la hábil defensa de la neutralidad española, que será continuada a lo largo de horas muy difíciles, no para hacerle el juego a los extraños, sino por creerla la más conveniente para nuestros intereses. Pero dejemos hablar al propio Langer:

"Mientras Laval volvía a Vichy para preparar la visita de Petain a Hitler (tras su conferencia en Montoire con el jefe del Gobierno alemán), el propio Führer siguió hasta Hendaya, donde debía reunirse con el General Franco y con el Ministro de Asuntos Exteriores español, Sr. Serrano Súñer, recientemente

nombrado, y jefe de la fanáticamente fascista Falange. Franco había revelado hace tiempo sus apetitos de expansión territorial. Después de la derrota de Francia se había apoderado del control de la Zona internacional de Tánger sin ninguna ceremonia. Al mismo tiempo, había ofrecido entrar en la guerra al lado de Alemania, siempre que Hitler pudiese suministrar a España municiones y alimentos y a condición de que recibiría Gibraltar, Marruecos francés, la provincia argelina de Orán y un ensanchamiento de la Colonia de Río de Oro. Los alemanes se demoraron en la réplica temiendo que cualquier movimiento pudiese precipitar un golpe de los ingleses. En consecuencia, el Caudillo había enviado a Serrano a Berlín para renovar sus pretensiones sobre el Marruecos francés. Se celebraron varias conversaciones sobre la base de un intercambio del territorio francés por bases submarinas en Río de Oro o Fernando Póo, y se analizaron todos los aspectos de un ataque contra Gibraltar. El emisario español instaba, ardiente y vehemente, a la acción, pero, como ahora sabemos por los documentos de las discusiones de Hitler con los italianos, en Berlín se pensaba que los *españoles no tenían "la misma intensidad de deseo para dar que para tomar"*. Pedían mucho, y Hitler estaba inquieto por miedo de que la asignación del Marruecos francés a España pudiese conducir a una sublevación francesa en Africa y a la alianza de los disidentes con Inglaterra.

"Tal era la situación cuando los dos "amigos" se encontraron. Hitler expuso la situación militar tal como era y como podía ser después de la derrota de Inglaterra, que no estaba muy lejana. Si España quisiese cooperar, Africa quedaría cerrada para Inglaterra, y, una vez que hubiese sido tomado Gibraltar, el Mediterráneo quedaría también cerrado. Proponía, por tanto, una inmediata alianza entre Alemania y España y la entrada de esta última en la guerra al principio de 1941. En enero, fuerzas alemanas, con el apoyo español, atacarían y conquistarían Gibraltar, que sería entregado a España junto con ciertos territorios africanos. Sin embargo, el Führer no tuvo inconveniente en plantear la dificultad presentada por las demandas españolas. Era de gran importancia para Alemania evitar una sublevación francesa en el Norte de Africa, que podía permitir a los ingleses po-

ner allí su planta. Una vez que Inglaterra fuese conquistada, sería más fácil desatender los intereses franceses. Pero, por el momento, debían considerarse las susceptibilidades de los gallos. Ahora bien, *esto no era, de ningún modo, del gusto de Franco*. Parece verosímil, como el embajador americano creía, que Franco esperase realizar las aspiraciones nacionales de España sin combatir realmente, y que Serrano Súñer le hubiese arrastrado hacia el Eje más allá de lo que él o el Ejército querían ir. En todo caso, *Franco comenzó a cubrirse y evadirse*, mientras que el propio Serrano interrumpía constantemente con otras consideraciones: la situación alimenticia en España era desesperadamente mala, y se carecía de modernos armamentos. En una guerra con Inglaterra, las costas españolas y las Islas Canarias estarían enormemente expuestas. Hitler intentó convencerle: Alemania podría enviar tropas aerotransportadas a Canarias y dos divisiones modernas al Marruecos español. El ataque a Gibraltar se llevaría a cabo con tropas especiales.

"Pero Franco permanecía indeciso. Señalaba que España podría ser capaz de defenderse y conquistar Gibraltar con su propio esfuerzo. Sin duda, los alemanes conquistarían Inglaterra. Pero temía que el Gobierno huyese a Canadá, y desde allí, con la ayuda americana, ocupase las Azores y las Canarias. Bajo esta circunstancia podría aceptar una alianza sólo si se prometía a España todo el Marruecos francés y parte de Argel. Incluso entonces, sólo podría entrar España en la guerra cuando tuviese suficientes alimentos y armamento adecuado.

"*Hitler se puso furioso al encontrar semejante resistencia, pero necesitaba la ayuda española, y finalmente concedió que España recibiese compensación territorial fuera de las posesiones francesas del Norte de Africa, hasta el momento en que fuese posible cubrir las pérdidas de Francia con las colonias inglesas*". Esto era un débil consuelo para los españoles, y la reunión finalizó *sin llegar a ningún compromiso firme*. Los detalles debían ser ultimados más tarde, pero en realidad los hechos condujeron a un estado de fricción y mal entendimiento. *Hitler nunca perdonó a Franco su repugnancia, a dejarse persuadir, y se dice que frecuentemente sostruía que a semejante "tipo" no le habría*

nombrado ni siquiera «Kreisleiter» en su organización gubernativa (7).

(1) Seguramente que no se escapará al lector la trascendencia de los textos que citamos. Por ello, y en aras de una mayor exactitud, nos permitiremos transcribir marginalmente los textos originales de los párrafos citados:

"While Laval returned to Vichy to arrange for Petain's visit to Hitler, the Führer himself went on to Hendaye, where he was to meet with General Franco and the newly appointed Spanish Foreign Minister, Señor Serrano Suñer, chief of the fanatically fascist Falange. Franco had long since revealed his appetite for territorial expansion. After the collapse of France he had unceremoniously taken over control of the international Tangier territory. At the same time he had offered to enter the war on Germany's side, provided that Hitler could supply Spain with munitions and food and provided further Spain should receive Gibraltar, French Morocco, the Oran Province of Algeria, and an enlargement of the Rio de Oro colony. The Germans were slow to react, fearing that any move might precipitate a coup by the British. Thereupon the Caudillo had sent Serrano to Berlin to press his claims to French Morocco. Conversations were carried on envisaging an exchange of French territory for submarine bases in Rio de Oro or Fernando Po, and all aspects of an attack on Gibraltar were analyzed. The Spanish emissary was burning with eagerness for action, but as we now know from the record of Hitler's discussions with the Italians, it was felt in Berlin that the Spaniards did not have "the same intensity of will for giving as for taking". They were asking a great deal, and Hitler was concerned lest assignment of French Morocco to Spain should lead to a French revolt in Africa and alliance of the dissidents with Britain. (Nota 30: The earlier phases of the Spanish question are very well reflected in the captured German documents published by the Department of State under the title: *The Spanish Government and the Axis* (Washington, 1946); also tels. (September 23, 26, 1940) from Madrid.)

Such was the situation when the two "friends" met. Hitler expounded the military situation as it was and as it would be after Britain's defeat, which was not far distant. If Spain would cooperate, Africa could be shut off against England and, once Gibraltar had been taken, the Mediterranean too would be closed. He therefore proposed an immediate alliance between Germany and Spain and the latter's entry into the war early in 1941. In January German forces with Spanish support, would attack and take Gibraltar, which would then be given to Spain along with certain African territories. The Führer made no bones, however, about pointing out the difficulty presented by Spanish claims. It was of great importance to Germany to avoid a French revolt in North Africa that might enable the British to establish a foothold there. Once Britain

Había comenzado la batalla por nuestra independencia. Y lejos de apresurarse a servir extraños intereses, los españoles estaban más dispuestos que nunca a cumplir su propio destino sin aceptar dictados del exterior.

was conquered, it would be easier to disregard French interests. But for the moment French susceptibilities must be considered,

Now, this was not at all to Franco's liking. It seems likely, as the American ambassador believed, that Franco hoped to realize Spain's national aspirations without actually fighting, and that Serrano Suñer had dragged him further in the Axis direction than he or the army felt prepared to go. At any rate, he began to hedge and evade, while even Serrano constantly broke in with other considerations: the food situation in Spain was desperately bad, and Spain lacked modern armaments. In a war with Britain the Spanish coasts and the Canary Islands would be extremely exposed. Hitler tried to reassure him: Germany could send air squadrons to the Canaries and two modern divisions to Spanish Morocco. The attack on Gibraltar would be carried out by special troops.

But Franco remained dubious. He pointed out that Spain should be in a position to defend herself and to conquer Gibraltar by her own efforts. No doubt the Germans would conquer England, but he feared the government would flee to Canada and from there, with American aid, would occupy the Azores and the Canaries. Under the circumstances he could agree to an alliance only if Spain were promised all of French Morocco and part of Algeria. Even then Spain could enter the war only when she had sufficient food and adequate armament.

Hitler was furious at meeting such resistance, but he needed Spanish help and finally agreed that Spain "would receive territorial compensation out of French North African possessions to the extent to which it would be possible to cover France's losses from British colonies". This in turn was but slight consolation for the Spaniards, and the meeting broke up with no firm engagements. Details were to be worked out later, and in actual fact led to a good deal of friction and ill feeling. Hitler never forgave Franco for his unwillingness to be persuaded and is said to have remarked frequently that he would not name such a fellow even as a *Kreisleiter* in his government. (Nota 31: By far the most detailed account is in the unpublished memorandum on German foreign policy by Erich Kordt, who was present. But see also the State Department interrogations of Erich Kordt, Paul Schmidt, and General Warlimont, and Carlton J. H. Hayes: *War-time Mission in Spain* (New York, 1945), pp. 64-5, referring to a confidential report of Serrano Suñer. The record of the Hendaye meeting in *The Spanish Government and the Axis*, N.º 8, is very incomplete. Tels. (October, 24, 31, 1940) from Madrid tend to bear out the German version.) (Langer: *Our Vichy Gamble*, págs. 99 y sigs.)

Los asaltos no habían de tardar en repetirse. La extraordinaria situación estratégica de la Península la hacía imprescindible para toda operación en el Norte de Africa, y era natural que los alemanes, al abandonar su proyectada invasión de las Islas Británicas, reanudasen las presiones. En los últimos meses de 1940, los italianos habían sufrido su grave descalabro en el frente griego, y el General Wavell, en una vigorosa contraofensiva, expulsaba de Cirenaica a las fuerzas del Mariscal Graziani. Langer explica así los acontecimientos:

"Para remediar la nueva situación, los alemanes planearon una vasta "operación pinza". Tres Cuerpos de ejército debían de emplearse. Uno atravesaría España, tomaría Gibraltar y llegaría hasta Marruecos, para alcanzar desde allí Tripolitania, atravesando el Norte de Africa. Un segundo debía avanzar desde Italia hasta Tripolitania, y un tercero invadiría los Balcanes, tomaría los Dardanelos y continuaría, a través de Turquía, hasta Suez. Una vez que el Mediterráneo hubiese caído completamente bajo el control del Eje, los ingleses tendrían que aceptar la paz ofrecida bajo la condición de que se aliasen con Alemania contra Rusia.

"Hubo que renunciar a la primera parte de este programa cuando, en diciembre, *al ser informado Franco de que los alemanes se proponían marchar sobre Gibraltar el 10 de enero, el Generalísimo español declaró llanamente que España no podía entrar en guerra para aquella fecha.* Aunque se tomase Gibraltar, los ingleses se apoderarían de las Canarias y los americanos podrían ocupar las Azores, Madera y Cabo Verde. Bajo tales circunstancias, Hitler tuvo que abandonar esta parte de su plan. Pero los alemanes realizaron su campaña en los Balcanes y embarcaron en Sicilia al General Rommel y al motorizado "Afrika Korps" con destino a Tripolitania. Rommel atacó el 24 de marzo y cogió a los ingleses por sorpresa, obligándoles a retirarse y a abandonar sus anteriores conquistas. A mediados de mayo, sólo Tobruck resistía todavía. Si Rommel hubiese recibido los refuerzos oportunos, podría haber llegado fácilmente hasta Alejandría y Suez. Pero el 22 de junio Hitler se volvió contra Rusia, con lo que comenzó una nueva fase en la épica batalla por Europa.

"El resultado final de todo esto fué que en junio de 1941

los alemanes habían colocado bajo su control la totalidad del área balcánica y dominaban todo el Norte de África, desde Túnez hasta los límites de Egipto. Aunque ahora sabemos que Hitler se vió obligado a abandonar su plan de realizar una campaña en el Mediterráneo occidental y tuvo que concentrar sus fuerzas contra Rusia, los gobernantes ingleses y norteamericanos no podían entonces conocer esta decisión. *Todo's temían que el Führer tuviese a Franco en su bolsillo y que fuese ineludible un asalto combinado de alemanes y españoles contra Gibraltar.* Ya veremos que tanto Londres como Washington estaban en una constante tensión nerviosa en previsión de tal movimiento y que se hicieron todos los intentos posibles para convencer a Francia de que se opusiese a los planes alemanes" (2).

(2) "In order to cope with this new situation the Germans planned a vast pincers operation. Three army groups were to be employed. One was to move through Spain, take Gibraltar, and move on into Morocco, whence it was to overrun North Africa as far as Tripolitania. A second was to advance from Italy into Tripolitania and a third was to overrun the Balkans, capture the Dardanelles, and push on through Turkey to Suez. The Mediterranean having fallen completely under Nazi control, the British were to be offered peace on condition that they ally themselves with Germany against Russia.

The first part of this program was given up, for in December when Franco was informed that the Germans proposed to march on Gibraltar on January 10, the Spanish generalissimo declared flatly that Spain could not enter the war for some time. Even if Gibraltar were taken, the British would seize the Canaries and the Americans might occupy the Azores, Madeira, and to abandon this part of his plan. But the Germans did carry through the Balkan campaign and did ship General Rommel and the motorized *Afrika Korps* from Sicily to Tripolitania. Rommel struck on March 24 and took the British by surprise. They were obliged to fall back from their previous conquest and by mid-May only Tobruk still held out. Had Rommel been decently reinforced he might have gone clear to Alexandria and Suez. But on June 22 Hitler turned on Russia and therewith began a new phase in the epic struggle for Europe. (Nota n.º 1: On Axis plans and activities see the Ciano Diary entries for August 8, 11, 19 September 14, October 17, 1940 and especially the following German sources: *The Spanish Government and the Axis*, no 11 (report of the conference between Franco and Admiral Canaris, December 12, 1940); Ninth Air Force: Intelligence Summary, pp. 136-6 (June 11, 1945) interrogation of Göring; State Department:

Hoy está sobradamente comprobado ---aunque muchos preferían no enterarse --- que Hitler no tuvo nunca a Franco en su bolsillo. Pero en aquellos días los dedos se les hacían huéspedes a los aliados, y su inquietud se vió aumentada por el temor de que Bizerta fuera entregada por los franceses a los alemanes. Junto al sordo pugilato para que Vichy no cediera a las presiones de sus invasores, se mantenía, más amenazador que nunca, el fantasma del peligro español, agudizado por las entrevistas de Franco con Mussolini en aquellos primeros e inquietantes meses de 1941:

“España, según todas las apariencias, estaba haciendo equilibrio en el borde de la guerra, y el aire estaba lleno de rumores sobre que, habiéndose aliado con Alemania e Italia, abriría a los nazis el camino de Gibraltar y Marruecos. Existía, por tanto, una gran ansiedad acerca de lo que podría haberse fraguado cuando el General Franco y Serrano Súñer visitaron a Mussolini en Bordighera los días 10 a 12 de febrero. *Realmente no había ninguna necesidad de preocuparse por la actitud de España.* Hoy tenemos los textos de la correspondencia entre Hitler y Franco de febrero de 1941. Ella pone de manifiesto la situación en toda su desnudez. El Führer, en términos más bien acres, reprochaba al Caudillo sus repetidas evasiones y advertía que España no obtendría alimentos hasta que entrase en la guerra. *El ataque a Gibraltar - según las palabras del Führer-- y el cierre del Estrecho habrían cambiado la situación del Mediterráneo de un solo golpe.* Se habían perdido varios meses y

(Special Interrogation Mission, interrogations of Göring, Jodl, Guderian, Warlimont, Paul Schmidt, Erich Kordt.)

The upshot of it all was that by June 1941 the Germans had brought the entire Balkan area under their control and that they dominated all of North Africa from Tunisia to the borders of Egypt. Although we now know that Hitler felt constrained to abandon his plans for a west Mediterranean campaign and concentrate his might against Russia, the British and American governments could not at the time know this decision. It was generally feared that a combined German and Spanish assault on Gibraltar and North Africa was inescapable. We shall see that both London and Washington were constantly on tenterhooks in anticipation of such a move and that every possible attempt was made to induce France to obstruct the Nazi scheme.” (Langer: *Our Vichy Gamble*, págs. 113 y sigs.)

era el momento de que Franco se decidiese. *Pero el Caudillo no se amilanó por esta explosión y llegó hasta señalar que "para que el cierre de Gibraltar pudiese tener un efectivo valor, sería también necesario que se cerrase el Canal de Suez al mismo tiempo"*. Por el momento, al menos, la ruptura era casi completa. No puede haber ninguna duda de que la inflexible oposición de Franco obligó a Hitler a arrinconar sus planes sobre el Mediterráneo occidental hasta otro momento más favorable" (3).

La elocuencia de estos párrafos, apoyados documentalmentec sobre la verdad histórica, hacen innecesaria toda glosa por nuestra parte.

Para darse perfecta cuenta de la ansiedad con que los anglosajones seguían la posible política de Madrid — prueba más que palpable de la vitalísima importancia que para ellos tenía la postura de nuestro Gobierno— basta leer, espigando entre las muchas citas que pudieran traerse a colación, lo que nos dice Langer pocas páginas más abajo :

(3) "Spain to all appearances was teetering on the verge of war, and the air war full of rumors that, having allied herself with Germany and Italy, Spain would open to the Nazis the road to Gibraltar and Morocco. There was great apprehension, therefore, about what might have been hatched out when General Franco and Serrano Suñer visited Mussolini at Bordighera on February 10-12. Actually there was no need for anxiety on the score of Spain. We now have the texts of the correspondence between Hitler and Franco of February 1941. These reveal the situation in all its nakedness. The Führer, in rather blistering terms, called the Caudillo to account for his repeated evasions and warned him that Spain would get no food until she entered the war. "The attack on Gibraltar", in the words of the Führer, "and the closing of the Straits would have changed the Mediterranean situation in one stroke". Months had been lost and it behooved Franco to declare himself. But in reply to this outburst the Caudillo gave tit for tat, going so far as to point out that "in order that the closing of Gibraltar may have a decisive value, it is also necessary that the Suez Canal be closed at the same time". For the time being at least, the break was almost complete. There can be no doubt that Franco's unyielding opposition obliged Hitler to shelve his western Mediterranean plans till some more favorable moment... (Nota número 17: *The Spanish Government and the Axis*, Nos 12, 13; also Franco's appeal to Pétain for support (Procès du M. Pétain, p 174)." (Langer: *Our Vichy Gamble*, págs. 126 y sigs.)

“En aquel momento (abril de 1941) el Almirante Leahy era informado, incluso por los propios oficiales franceses de Vichy, de que existía la posibilidad de que se perdiesen las colonias francesas: “Varios observadores expresan un concreto temor de que pronto comience una operación de las tropas alemanas a través de España y de la zona no ocupada de Francia. Ni en Francia ni en España puede esperarse una efectiva resistencia.” Comenzaban a llegar informes sobre una gran concentración de tropas alemanas en el Oeste, cerca de la frontera española, y se supo que Darlan había salido para París para conferenciar con los representantes alemanes:

“El Mariscal espera un inmediato avance de las tropas alemanas a través de España, con el propósito bien de tomar Gibraltar o de ocupar alguna plaza de la costa desde la que pueda ser controlado el Estrecho por la artillería y se puedan enviar tropas al Marruecos español.”

“Petain se daba cuenta del peligro — indicaba el Embajador—, pero no veía la forma de prevenirse contra él.

“Hay cierta evidencia de que las pesimistas advertencias de Petain y, por derivación, los temores de los ingleses y americanos, estaban lejos de ser infundados. Se estudiaba de nuevo el tránsito por España y el ataque a Gibraltar como parte de una más amplia estrategia alemana en el Mediterráneo. De acuerdo con Noël, el Mariscal Petain le había dicho (a Leahy) en aquellos días (21 de abril) que la situación era muy grave y que incluso Darlan estaba preocupado. Hitler había pedido que se permitiese a las tropas alemanas cruzar, camino de España, la Francia no ocupada, para poder atacar Gibraltar y ocupar luego el Marruecos español. Había pedido, además, que Francia accediese a transportar fuerzas alemanas a través de Argelia y Túnez. Petain añadía que se proponía resistir todo lo que pudiera. En aquellos días, también, Churchill dió una nota más pesimista. Advirtió al Presidente Roosevelt de que *veía la situación de España como desesperada y que temía se perdiese Gibraltar o, al menos, fuera inmovilizado. Además, no encontraba la forma de que Inglaterra resistiese después de agosto de 1941,*

es menos que los Estados Unidos entrasen en la guerra con todo su poder" (4).

No hay que destacar el pesimismo de estas palabras. Los propios aliados se veían impotentes para evitar que España entrase en la guerra, y, sin embargo, Franco, resistiendo los fuertes embates alemanes, permaneció neutral. No sería seguramente por temor a una Inglaterra que tan claramente confesaba la posibilidad de ser derrotada a corto plazo.

(4) "At this very time Admiral Leahy was hearing even from French officials in Vichy that France's colonies would probably be lost: "Definite fear is expressed by many observers that a move of German troops through Spain and unoccupied France will begin in the near future. Neither in France or in Spain can any effective opposition be expected." Reports began to come in of large German troop concentrations in the west, near the Spanish border, and to top it all, it became known that Darlan had left for Paris to confer with the German representatives:

"The Marshal expects an early advance of German troops through Spain with the purpose of either taking Gibraltar or occupying some place on the coast from which the Straits can be controlled by gunfire and from which troops can be sent to Spanish Morocco." He understood the danger, noted the ambassador, but saw no way of preventing it. (Nota núm. 47: Leahy File (April 29, May 1, 2, 3); (May 4, 1941) from Leahy.)

There is some evidence that Pétain's ominous remarks, and by derivation, the fears of the British and Americans, were far from being unfounded. The transit of Spain and the attack on Gibraltar were once more being envisaged as part of the larger German strategy in the Mediterranean. According to Noël, Marshal Pétain told him at this time (April 21) that the situation was very grave and that they could attack Gibraltar and then occupy Spanish Morocco. He had demanded further that France agree to the transport of German forces across Algeria and Tunisia. Pétain added that he proposed to resist to the utmost of his ability. (Nota núm. 48: Procès du M. Pétain, p. 174.) It was at this time too that Churchill struck a most pessimistic note. He warned President Roosevelt that he regarded the situation of Spain as hopeless and that he feared Gibraltar would be lost or at least immobilized. Furthermore, he could not see how Britain could hold out beyond August 1941 unless the United States entered the war in full force. (Nota núm. 49: Memorandum of Sumner Welles, submitted to the Pearl Harbor Inquiry (*New York Herald Tribune*, December, 19, 1945); statement of William C. Bullit to me (December 1945).") (Langer: *Our Vichy Gamble*, págs. 144 y sigs.)

El propio Presidente Roosevelt se percató de estos peligros:

“En vista de los persistentes informes sobre los propósitos nazis en Africa y las islas españolas y portuguesas, el Presidente ordenó, el 22 de mayo (1941), al jefe de las operaciones navales que tuviese lista en treinta días una expedición de veinticinco mil hombres para tomar las Azores. Unos pocos días más tarde, el Presidente, por mensaje radiado (27 de mayo), anunciaba al país:

“Ellos (los nazis) tienen también el potencial bélico suficiente para ocupar, en cualquier momento, España y Portugal, y esta amenaza se extiende, no sólo al Africa del Norte francesa y al extremo occidental del Mediterráneo, sino también a la fortaleza atlántica de Dakar y a las islas fronterizas del Nuevo Mundo, Azores y Cabo Verde. Las islas de Cabo Verde están sólo a siete horas de distancia del Brasil para los aviones de bombardeo o las tropas aerotransportadas. Dominan las rutas navales de ida y vuelta al Atlántico Sur. La guerra se está aproximando a la propia orilla del hemisferio occidental. Está llegando muy cerca de casa” (5).

Efectivamente, la guerra no había de tardar en llamar al hogar norteamericano con los fuertes aldabonazos de Pearl Harbour; pero sería por la puerta trasera.

Por aquellos días trágicos para los americanos, el frenazo repentino que los alemanes habían sufrido en el frente ruso y

(5) “In view of persistent reports of Nazi designs on Africa and on the Spanish or Portuguese islands, the President on May 22 ordered the chief of naval operations to have ready in thirty days an expedition of twenty-five thousand men to take the Azores. (Nota 63: ‘Tel. (May 22) from Leahy; statement of Admiral Stark at the Pearl Harbor Inquiry (Washington Post, January, 1, 1946). A few days later the President warned the country in a radio address (May 27):

“They (the Nazis) also have the armed power at any moment to occupy Spain and Portugal; and that threat extends not only to French North Africa and the western end of the Mediterranean, but also to the Atlantic fortress of Dakar, and to the island outposts of the New World—the Azores and Cape Verde Islands. The Cape Verde Islands are only seven hours distant from Brazil by bomber or troop—carrying planes. They dominate shipping routes to and from the South Atlantic. The war is approaching the brink of the Western Hemisphere itself. It is coming very close to home.” (Langer: *Our Vichy Gamble*, pág. 154.)

la nueva contraofensiva de Rommel resucitaban el viejo fantasma de la invasión del Norte de Africa. No contaban los anglosajones con una resistencia francesa. Por lo que a España se refiere:

"Tampoco se esperaba mucho de España, cuyo Ministro de Asuntos Exteriores, Serrano Suñer, era célebre por su buena disposición hacia los nazis. España estaba sufriendo una aguda crisis económica y tenía gran parte de su población en el borde de la inanición. Y aunque Franco estaba deseando evitar verse envuelto en la guerra, y aunque el Ejército podía resistir a una incursión alemana, era poco verosímil que España pudiese parar a los germanos una vez que se hubiesen éstos decidido a cruzar la frontera. Durante las primeras dramáticas semanas después de nuestra entrada en la guerra, llegaba a Washington un informe tras otro anunciando que los alemanes estaban concentrando tropas en el Suroeste francés, bien para ejercer presión sobre el Gobierno de Madrid o para preparar una ocupación del país" (6).

Y esta ocupación de España era, desde luego, muy grave:

"Los alemanes podrían estar en la frontera del Marruecos francés seis semanas después de cruzar los Pirineos. Los nazis necesitarían sólo cuatro o cinco divisiones para ocupar el Norte de Africa si España colaboraba y contribuían las siete divisiones que tenía en el Marruecos español. Si España ofrecía resistencia, la tarea podría realizarse con unas catorce divisiones" (7).

(6) "Nor was anything much expected from Spain, whose Foreign Minister, Serrano Suñer, was notorious for his pro-Nazi disposition. Spain was suffering from an acute economic crisis, with much of the population on the brink of starvation. Even though Franco was anxious to avoid involvement in the war and though the army might object to a German incursion, there was little likelihood that Spain could stop the Germans once they had decided to come on. During the first hectic weeks after our entry into the war one report after another came into Washington announcing that Spain was on the point of joining in the fray and that the Germans were massing troops in southwestern France, either by way of exerting pressure on the Madrid government or by way of preparing for occupation of the country." (Langer: *Our Vichy Gamble*, pág. 204.)

(7) "The Germans could be on the frontiers of French Morocco

Tras la reaparición de Laval en el Gobierno de Vichy, Africa se había convertido en una de las zonas estratégicas más importantes. "Su conquista a través de España o Sicilia significaría la de Africa occidental y la amenaza del hemisferio occidental" (pág. 261). Pero al no encontrar Alemania facilidades en Franco, todos estos temores se desvanecieron.

En los últimos capítulos de *Our Vichy Gamble* vuelve a surgir el nombre de España con motivo de la "Torch operation". Ya no se trataba de evitar que España se pusiese al lado de los alemanes para realizar una operación conjunta contra Gibraltar y Africa. Era preciso que los españoles permaneciesen neutrales y benévulos ante una incursión aliada en el Mediterráneo occidental, ya que esta neutralidad era imprescindible para que la operación del desembarco tuviese éxito. Los informes del Teniente Coronel Solborg son reveladores a este respecto. Donovan, jefe del "Office of Strategic Services", había nombrado a Solborg "Chief of Special operations". En un memorándum redactado por este último y que lleva fecha de 8 de julio de 1942, se hacía hincapié en la necesidad de contar con España, sentando afirmaciones tan gratuitas y peregrinas como la siguiente:

"(Solborg) subrayaba la importancia de España y del Marruecos español, "el flanco de la ancha brecha". *Ninguna expedición a Africa sería posible mientras este flanco permaneciese abierto.* Con el régimen existente en España había la casi seguridad de que la nación peninsular atacaría, apoyada por fuerzas alemanas. Pero había oído hablar de ciertos planes para un cambio de Gobierno en España, que se llevarían a cabo con la ayuda de "todos los Generales españoles de relieve" (8).

within six weeks after crossing the Pyrenees. All told, the Nazis would require only four or five divisions to occupy North Africa if Spain collaborated and contributed the seven divisions in Spanish Morocco. If Spain offered resistance, the job could still be done with some fourteen German divisions. (Nota núm. 14: OSS Files.)" (Langer: *Our Vichy Gamble*, pág. 206.)

(8) "He then stressed the importance of Spain and Spanish Morocco "the wide gaping flank". No expedition to Africa would be possible so long as this flank remained open. With the existing regime in Spain, it would be almost certain that Spain would attack, supported by German forces. But he had heard of plans for a change of government in

Para contrarrestar en lo posible el peligro de que España se opusiese al desembarco en África, los agentes secretos norteamericanos, a las órdenes del Coronel Eddy, procuraron soliviantar a los kabilios de nuestra Zona de Protectorado:

"Trabajaban también en la tarea de procurarse la ayuda, macra en el caso de que la autoridad española o francesa se derrumbase. Para esta eventualidad, se propuso que el renombrado cabecilla del Riff, Abd-el-Krim fuese traído de su exilio en la isla de Reunión (9), y que se trajese también a otro jefe moro, Allal-el-Farf, de Brazaville. Estos hombres serian inapreciables para dirigir una sublevación contra España, si este país se mostraba hostil" (10).

No necesitaron los aliados de la "preciosa" ayuda de los hipotéticos generales facciosos, ni del tristemente célebre Abd-el-Krim. Nuevamente, España, fiel a su política de estricta neutralidad, fué impasible espectadora del desembarco en África, y se mostró dispuesta a no intervenir en la contienda mientras no tuviese que defender los territorios de su soberanía. El Presidente Roosevelt, como se recordará, había asegurado al Caudillo, en un célebre mensaje, que dichos territorios permanecerían intangi-

Spain to be engineered with the help of "all Spanish generals of note." (Langer: *Our Vichy Gamble*, pág. 284.)

(9) Sabido es por todos que este proyecto se ha llevado a cabo, en cierta manera, muchos meses después de terminar la guerra. Los franceses pusieron en libertad a Abd-el-Krim sin la previa comunicación al Gobierno español que exigían las estipulaciones vigentes, esperando posiblemente que fuese una provechosa fuente de disturbios en nuestra Zona del Protectorado. Pero el célebre caudillo moro ha preferido huir al Cairo y, una vez fuera del alcance de nuestros vecinos, dirigir sus ataques contra la política árabe de franceses e ingleses.

(10) "They labored also with the problem of enlisting Moorish help in case the Spanish or French authority should break down. For this eventuality it was proposed that the renowned Riff leader, Abd-el-Krim, be brought back from his exile on Reunion Island, and that another Moorish leader, Allal-el-Fasi, be brought from Brazzaville. These men would be invaluable for raising a revolt against Spain if that country should prove hostile. (Nota núm. 30: Tels. from Eddy (September 21, 1942); also OSS Files: Eddy to Donovan (September 23, 1942). These negotiations were carried on chiefly by Dr. Carleton S. Coon and Gordon Browne. The project was finally given up lest it arouse suspicion.)" (Langer: *Our Vichy Gamble*, págs. 319 y sigs.)

bles y que la operación no encerraba ninguna significación hostil hacia España. Afortunadamente, los norteamericanos cumplieron su palabra, y la pasividad de nuestro Gobierno jugó el importantísimo papel de todos conocido en el éxito de la campaña aliada. Sin embargo, para refrescar la memoria de algunos, y porque procede de personas nada sospechosas de simpatía hacia el actual régimen español, conviene reproducir lo que Lauger escribe sobre este asunto:

“En todas las discusiones y planes para la expedición (el desembarco), España se presentaba como una cuestión crucial. El régimen de Franco, que era considerado como evidentemente germanófilo, fácilmente podía haber decidido poner su suerte al lado del Eje, o al menos aprovechar la oportunidad para apoderarse de una parte del codiciado Marruecos francés. En Algeciras, frente a Gibraltar, estaban las grandes baterías de costa españolas que podían volar el único campo de aviación de que disponían los aliados para lanzar sus aviones contra África, y eran capaces, si querían, de cerrar el Estrecho con fuego artillero. Para precaverse contra todas estas terribles eventualidades, el General Eisenhower había organizado una unidad británica bajo el mando del General Morgan, que estaría lista para emprender la acción contra el Marruecos español si España se mostraba hostil. Pero esto no alejaba la amenaza a los convoyes, que era particularmente grande después de un desgraciado incidente ocurrido en octubre. Un mensajero especial portador de planos para la invasión, de Londres a Gibraltar, no pudo llegar a su destino. Se recibieron informes de las autoridades españolas de que su aeroplano había caído y que su cuerpo había sido devuelto por el mar a la costa. El cadáver fué entregado a los ingleses, y en el bolsillo interior de su guerrera de oficial estaban los papeles secretos, aparentemente intactos (II). El problema estaba en si el pliego sellado había sido abierto o no, y si bajo estas circunstancias la prudencia no dictaría un cambio en

(II) Anótese la extrema caballería española y su fuerte contraste con la conducta de quienes, habiéndose apresurado a hacer protestas de amistad no solicitadas, no tuvieron inconveniente en tejer la calumnia cuando se vieron respaldados por la victoria bélica.

los planes. Pero las pruebas más rigurosas no revelaron nada y, finalmente, se decidió que merecía la pena correr el riesgo.

"A pesar de ello, el General Eisenhower continuó tomando precauciones. Pidió que por medio de Murphy se aconsejase al General Mast que no permitiese a los jefes franceses tomar represalias en el caso de posibles incidentes provocados por los españoles en la frontera del Marruecos francés, por muy provocativos que fuesen. *Incluso en el caso de un avance de las tropas españolas dentro del territorio francés* —escribía el General Eisenhower—, *no estarían justificadas las medidas francesas que pudiesen hacer que España entrase en activa colaboración con el Eje*. Parece que el Departamento de Guerra pensó que esto era ir demasiado lejos, pues se formulaba la pregunta de si sería conveniente pedir a los franceses que no resistieran en el caso de una invasión española, ya que tal invasión podría contribuir a reducir o eliminar cualquier resistencia francesa a las fuerzas americanas.

"Sin embargo, en este punto *el General Giraud se mostró de acuerdo con Eisenhower*. Indicó a Murphy que creía que los americanos harían todo lo posible por aplacar a los españoles, evitando así una campaña de invierno en el Riff. *Era, indudablemente, partidario de ceder, incluso hasta permitir que los españoles ocupasen la zona del Marruecos francés hasta el río Uarga*.

"Pero, de hecho, *con inmenso alivio para el futuro éxito de la empresa, nada sucedió*. Muchos meses más tarde, *Churchill recordó con gratitud la postura entonces adoptada por el Gobierno de Madrid*. Con respecto a la invasión del Norte de Africa, señaló:

"... la situación de España y el poder español para perjudicarnos había llegado a su mayor altura. Mucho tiempo antes, habíamos estado ensanchando constantemente nuestro campo de aviación de Gibraltar y extendiéndolo hacia el mar, y un mes antes de la hora cero, 7 de noviembre de 1942, teníamos alrededor de 600 aeroplanos amontonados en este campo de aviación, bajo el alcance de las baterías españolas. Era muy difícil para los españoles pensar que estos aeroplanos estuviesen allí para reforzar Malta, y puedo asegurar a la Cámara que estos críticos días transcurrieron en medio de verdadera ansiedad. Sin embargo, los españoles continuaron completamente amigos y tran-

equilos. No hicieron ninguna pregunta, ni pusieron inconvenientes. Simplemente ignoraban lo que pasaba en Gibraltar, donde, aparte de la aviación, estaba anclado un enorme número de buques, bien lejos del mar libre y muy dentro de la bahía de Algeciras, siempre bajo el alcance de las baterías de costa españolas. Hubiéramos sufrido un gravísimo perjuicio si se nos hubiera obligado a retirar de allí aquellos barcos. Si esto hubiese sucedido, no sé cómo se hubiese podido ordenar y reunir aquel enorme convoy" (12).

(12) "In all the discussions and planning for the expedition Spain had loomed as a great question mark. The Franco regime, which was considered notoriously pro-Nazi, might easily have decided to throw in its lot with the Axis or at least have taken the opportunity to seize a part of coveted French Morocco. At Algeciras, across from Gibraltar, were the great Spanish shore batteries, which were able to blast the one airfield through which the Allied air forces had to be funneled and could at will have closed the strait by gunfire. In order to provide against all dire eventualities, General Eisenhower had organized a British force under General Morgan to be in readiness to take action against Spanish Morocco if Spain should become hostile. But this did not remove the threat to the convoys, which was particularly great after an unhappy incident that occurred late in October. A special messenger bearing plans for the invasion from London to Gibraltar failed to arrive at his destination. Presently word was received from Spanish authorities that his plane had been downed and his body washed ashore. The corpse was turned over to the British and in the inside pocket of the officer's coat were the secret papers, apparently untouched and untampered with. The question then arose whether the sealed envelope had been opened or not, and whether, under the circumstances, prudence did not dictate a change in the plans. But the most stringent tests revealed nothing and it was finally decided that the risk would have to be run. (Nota núm. 62: This story was told J. Rives Childs, the American consul at Tangier, in the late spring of 1943. Childs relayed it to me on May 4, 1944.)

None the less General Eisenhower continued to take precautions. He requested that General Mast be advised through Murphy not to allow French commanders to take retaliatory action in the event of incidents created by the Spanish on the Moroccan frontier, no matter how provocative these incidents might be. Even an advance by Spanish troops into French territory, wrote General Eisenhower, would not justify measures by the French that might bring Spain in to active collaboration with the Axis. (Nota núm. 63: War Department: message from Eisenhower (October 28, 1942). The War Department seems to have thought that

Con esto terminamos la transcripción de los párrafos más salientes que Langer dedica a la actuación española frente a la apasionante lucha por la posesión del Norte de Africa. Si nos

this was going somewhat far, for it raised the question whether it would be advisable to ask the French not to resist in case of an actual Spanish invasion, inasmuch as such an invasion might tend to reduce or eliminate any French resistance to the American forces. (Nota número 64: War Department: message to Eisenhower (October 31, 1942).

However, on this point General Giraud stood with General Eisenhower. He informed Murphy that he thought the Americans should do everything possible to placate the Spaniards, in order to avoid a winter campaign in the Riff. Indeed, he favored yielding even so far as to allow the Spaniards to take French Morocco as far as the Ouergha River. (Nota núm. 65: War Department: message from Murphy (November 3, 1942).

Actually nothing happened, to the immense relief of all concerned with the success of the venture. Many months later Churchill recalled with gratitude the position then taken by the Madrid government. Before the invasion of North Africa he pointed out:

"the situation of Spain and Spain's power to injure us was at its very height. For a long time before this we had been steadily expanding our airfield at Gibraltar and building it out to sea, and for one month before the zero hour on November 7, 1942 we had sometimes 600 airplanes crowded on this airfield in full range and full view of Spanish batteries. It was very difficult for Spaniards to believe that all these airplanes were intended to reinforce Malta, and I can assure the House that passage of these critical days was very anxious indeed. However, the Spaniards continued absolutely friendly and tranquil. They asked no questions and raised no inconvenience". They simply ignored the situation at Gibraltar, "where, apart from the aircraft, enormous numbers of ships were anchored far outside neutral waters inside the Bay of Algeciras, always under command of Spanish shore guns. We should have suffered the greatest inconvenience if we had been ordered to remove these ships. If we had been, I do not know how the vast convoys could have been marshalled and assembled. (Nota núm. 66: Churchill: speech in the House of Commons (May, 24, 1944). Carlton J. H. Hayes: *Wartime Mission in Spain*, pp. 87 ff., has revealed that for a time it was planned to seize the Canary Islands as a precautionary measure. This idea was abandoned as a result of the ambassador's protest, and instead assurances were given the Spanish Foreign Minister on November 2 that Spanish territory would be rigorously respected. None the less, the situation continued so delicate that preparations were made to move the American Embassy to Gibraltar on short notice. Anxiety about Spain is fully reflected in Butcher's diary, cited above.)" (Langer: *Our Vicky Gamble*, págs. 340 y sigs.)

hemos excedido en las citas más de lo habitual, ha sido por juzgarlo imprescindible para presentar lo más fiel y exactamente posible la forma en que uno de los historiadores de la pasada contienda, que ha disfrutado, sin duda, de la más completa fuente de información que se conoce, juzga la neutralidad española. Limpia y clara neutralidad que nunca temió a la verdad histórica y a la que no puede hacer mella el enorme cúmulo de calumnias que pretenden tergiversarla.

Que nadie busque las causas de esta política fuera de las fronteras de nuestra Patria. Porque, repetimos, lejos de ser dictada por simpatías hacia alguno de los bandos en lucha, buscaron única y exclusivamente la mejor conveniencia nacional.

* * *

Nuestra impaciencia por destacar cuanto antes el esquema histórico que traza el autor de la trayectoria seguida por España en la pasada contienda, nos ha hecho sacrificar la presentación de un orden más lógico en este breve examen crítico de la obra que nos ocupa.

Sabemos que el lector nos perdonará, y para suplir en lo posible esta deficiencia, pasamos a hacer un ligero repaso del libro de Langer desde un punto de vista más general.

El incontenible avance germano hacia el Oeste en la primavera de 1940 significó, sin duda alguna, la cúspide de la crisis de la causa aliada, que parecía derrumbarse definitivamente fulminada por la guerra relámpago de las "Panzerdivisionen" de Hitler. Ni la batalla de Inglaterra, ni los triunfos de Rommel en el Mediterráneo, ni el avance sobre Moscú, con toda su intranquilizadora amenaza, pueden hoy ser comparados a esta gigantesca "débacle", en que la principal cabeza de puente anglosajona en Europa, Francia, con su gran prestigio militar y político, se desmoronaba por momentos con la fragilidad y el estruendo de un vidrio roto.

Historia conocida la de esta crisis francesa: de un lado, Reynaud, presidente del Consejo, cree en la necesidad de seguir combatiendo aunque el Gobierno tenga que huir a Africa, pues tal sacrificio exigía la lealtad con los propios aliados y los compromisos pactados con Inglaterra. Frente a esto, Petain y Wey-

gand se inclinan hacia un armisticio, como única salida posible, impuesta por la insostenible situación militar y por la suprema obligación del Gobierno de no abandonar a su pueblo, derrotado y desamparado, en manos del enemigo. No creían necesario mantener la palabra dada a los ingleses, en vista de que el Gobierno de Londres, aunque había llegado a proponer, por boca de Churchill, la unión de las dos naciones bajo un único Gabinete de Guerra, se mostraba tan remiso a facilitar a los franceses el decidido apoyo militar que éstos exigían angustiosamente, y lo más que habían llegado a ofrecer era el envío de un puñado de aviones y de tres divisiones de infantería —no olvidemos que en junio se firma el armisticio— para el mes de octubre. Sabemos que, al fin, Reynaud se vió obligado a ceder, y que Petain, nombrado jefe del Gobierno, ordena la rendición.

Pero la caída de Francia no sólo va a significar la pérdida temporal de un potente aliado militar. El hecho tiene alcances políticos de mayor importancia, si se piensa que el nuevo equipo dirigente galo, encabezado por el trío Petain-Weygand-Laval, considerando que todos los males contemporáneos franceses —y más que ninguno la derrota— tenían como única raíz los graves defectos del sistema democrático, no vacilaron en emprender una típica política de borrón y cuenta nueva. La "Revolution nationale", de Laval, abre horizontes hasta entonces imprevisos en la política francesa. Los viejos movimientos de "L'Action française", "Les Croix de Feu", etc., apoyan desde el primera momento a Vichy, así como la industria y la gran Banca, unidas con comunes intereses a los alemanes, y todo hace suponer una radical revisión de la política exterior francesa para buscar la aproximación cordial al enemigo de ayer. Unase a ello el creciente sentimiento de anglofobia que dominaba al pueblo francés por el desamparo evidente en que su aliado le dejó durante las amargas horas de invasión —anglofobia reflejada aun más agudamente en los círculos oficiales y que condujo, poco tiempo después, a la definitiva ruptura entre Vichy y Londres por el hundimiento de los barcos franceses en Mers-el-Kébir— y se medirá en todo su alcance el grave peligro que existía de que Francia se perdiese definitivamente para los aliados, no ya como potencia militar, sino como pasiva resistente del invasor y simpatizante de la causa por la que su Ejército sucumbió.

Los Estados Unidos tenían que adoptar urgentemente una postura ante tan trascendentales acontecimientos. No necesitaba mucha perspicacia Langer para afirmar que eran tres las alternativas que se presentaban a su Gobierno: continuar las relaciones con Vichy, animando al Gobierno de Petain a una resistencia pasiva frente a los alemanes; romper con Vichy y desentenderse completamente del problema francés o, en fin, apartarse de la Francia derrotada para apoyar abiertamente a De Gaulle —que pronto iba a hacer su aparición en escena desde Londres, con su célebre llamamiento a “los franceses libres donde quiera que estuviesen”—, como jefe del grupo que se negaba a deponer las armas frente a los alemanes.

La segunda posición, apartarse del problema francés, estaba descartada. Unánimemente se reconocía que la situación era demasiado grave para permitirse semejante inactividad, que hubiera significado un voluntario abandono de excelentes posiciones. El problema se planteaba, pues, entre Petain y De Gaulle. ¿Por qué el Gobierno americano decidió seguir al lado del anciano Mariscal? A esta pregunta pretende responder precisamente el libro que comentamos.

Es muy posible que, en un principio, tal predilección por Vichy viniese dictada, como indica Langer, por el tradicional sentimiento yanqui de respeto a la autodeterminación de los pueblos —y no es débil argumento del autor el recordar que, por aquel tiempo, Estados Unidos mantenían relaciones con Berlín, Roma y Tokio—, y por el deseo de hacer lo posible para evitar que el nuevo régimen francés cayese completamente bajo la influencia del conquistador. Porque, en definitiva, “lo que preocupaba al Gobierno americano no era una cuestión de ideología, sino una cuestión de intereses nacionales” (pág. 77). Y el interés nacional dictaba claramente una prudente espera, para dejar que los acontecimientos se definiesen por sí solos.

Pero a medida que la guerra se prolonga, la cuestión va complicándose, hasta el punto de que en algunos momentos el Departamento de Estado norteamericano parece obstinado en apoyar contra viento y marea a un Gobierno que se presenta ante los ojos del mundo como un dócil instrumento en manos de las potencias del Eje: la revolución seudofascista de Laval y su no disimulada germanofilia; la entrevista Petain-Hitler en Montoire,

con los alarmantes rumores que despierta; la complacencia de Darlan en seguir una política claramente colaboracionista —que tiene su culminación en la firma con los alemanes de los llamados Protocolos de París, y en el suministro de víveres y gasolina al “Africa Korps” de Rommel—; la destitución de Weygand como jefe supremo del Africa del Norte y Occidental francesa; la vuelta de Laval al Poder, decidido más que nunca a incorporar el potencial francés al esfuerzo bélico del Eje —envío de trabajadores a Alemania, producción bélica de la industria pesada gala, etc.— y el nombramiento del propio Darlan por el mando aliado como jefe supremo del Africa del Norte francesa cuando se produjo el desembarco, son otros tantos difíciles escollos que la política oficial norteamericana tiene que sortear frente a la tormenta de críticas y reproches desencadenada por tal obstinación en apoyar a Vichy, y que alcanza un grado verdaderamente alarmante a partir de la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

No importan tanto las acres censuras de los ingleses y “degaullistas”. Seguramente que éstas llegan a los oídos yanquis como un comprensible derecho al pataleo. No olvidemos que los británicos, a partir del desagradable incidente de Mers-el-Kébir, no escatiman esfuerzo para reanudar sus relaciones con Vichy, y el fracaso de las conversaciones mantenidas en Londres con Rougier y Chevalier, agentes de Petain —“contactos que deben destacarse, afirma agudamente Langer, en vista de las frecuentes críticas de los británicos hacia la política de Estados Unidos” (pág. 120)—, tenía que haber dejado en ellos un poso de resentimiento. En cuanto a De Gaulle, bien sabemos que nunca gozó del favor de la poderosa nación americana, que llegó hasta prescindir de su apoyo cuando se trató de iniciar la liberación del Imperio francés con el desembarco en Africa.

Otra cosa muy distinta eran, sin embargo, las ruidosas y repetidas protestas de la propia opinión pública norteamericana, que no concebía fácilmente el incondicional apoyo prestado al “Gobierno fascista de Vichy”. Desde luego, la oposición a Roosevelt supo aprovechar esta coyuntura, haciendo que la impopularidad del Departamento de Estado, en lo que respecta a su política frente al problema francés, fuera verdaderamente alarmante.

Muchas tenían que ser las razones que apoyasen tal conduc-

ta y, efectivamente, son innumerables las que de propia cosecha o por boca de los dirigentes de la política exterior yanqui en aquella época, aporta Langer en su obra.

Cortesía obligada parece detenernos primeramente en observar los argumentos del más interesado en defender esta política. En los días ---noviembre de 1942--- en que los Estados Unidos empezaban a recoger uno de los principales frutos de su "juego de Vichy" con el desembarco norteafricano, el entonces secretario de Estado, Cordell Hull, quiso hacer frente a las críticas de la opinión enumerando las principales causas de su conducta con Francia. En síntesis, éstas eran las siguientes: oportunidad de obtener diariamente una importantísima información de la Francia ocupada y del Norte de Africa sobre las actividades de las fuerzas del Eje; mantenimiento de estrechas relaciones con el pueblo francés, animándole a la resistencia contra los nazis; conservar activos los sentimientos de libertad de los franceses, con vista a la definitiva restauración de las instituciones libres en la nación gala; evitar que las presiones alemanas sobre Francia recibiesen una colaboración más amplia que la prevista en los términos del Armisticio; esforzarse en evitar que la flota francesa cayese en manos alemanas y que se concediese al enemigo bases en las costas mediterráneas o atlánticas, y, finalmente, como tarea más importante, preparar el camino para el desembarco de una expedición militar en el área del Mediterráneo occidental.

A éstas añade Langer otras muchas razones. Apenas encontramos una página en su libro sin un nuevo argumento: La existencia de innumerables franceses que, fieles a Petain, mirán con gran simpatía a la causa aliada; el desconocimiento que se tenía en Francia de la figura de De Gaulle; el respeto a la autodeterminación de los pueblos, etc. La enumeración se haría inacabable, pero tal lluvia de argumentos no hacen sino conceder al problema una complejidad de que, a nuestro juicio, carece en gran parte. Si el propio Langer esgrime, como defensa suprema de la política norteamericana con Vichy, la razón de que el problema nunca podía llevarse al terreno ideológico, como lo hacían sus destructores; si en una ocasión llega a afirmar que los Estados Unidos desarrollaron "una política sensible y puramente oportunista" (pág. 389), es lógico que pensemos que muchas de las razones aducidas ---respecto a la autodeterminación de los pueblos,

preocupación por si De Gaulle representaba o no la voluntad de los franceses, sagrado deber de conservar vivo en la Francia oprimida por el invasor la fe íntima en las verdades democráticas, etc.— son meras concesiones a la galería, que no hubieran resistido la primera objeción seria de la opinión pública.

Es indudable que las auténticas razones que llevaron al Departamento de Estado a adoptar inflexiblemente una postura, por fuerza impopular, habían de tener mayor alcance. Y éstas, a nuestro juicio, no son más que las encaminadas a cubrir los tres principales objetivos que tenían los Estados Unidos frente a la Francia derrotada:

Esforzarse en procurar que la influencia germana sobre los vencidos no fuese más allá de los términos señalados en el Armisticio;

Evitar que la flota francesa cayese en manos del Eje, y

Alejar al Africa francesa de la esfera de influencia de Berlín, preparando el camino para una invasión aliada en esta zona de tan alto valor estratégico.

Y el libro de Langer no es más que esto: un testimonio inapreciable del empeño que la diplomacia americana puso en alcanzar tan altas metas. El intento de respaldar la posición de Vichy frente a las exigencias alemanas era, sin duda, la más difícil de las tareas, pues no en vano los soldados de la *Wehrmacht* acampaban en media Francia. Y aunque, en apariencia, los yanquis, al final, perdieron la partida —recordemos que Petain rompió sus relaciones con Wáshington a raíz del desembarco en Africa—, la verdad es que por aquellos días habían logrado ganar el tiempo necesario para sus planes, cosa tan importante cuando se prepara el momento de lanzarse a la ofensiva. La habilidad de su embajador, el Almirante Leahy, y su gran prestigio ante los ojos de los franceses como nación omnipotente, habían vencido las muchas ocasiones en que se temió que Francia se entregase sumisa en manos de Hitler.

La cuestión de la flota, que en un principio alarmó extraordinariamente a los norteamericanos, hasta el punto de que el propio Roosevelt inició personalmente las gestiones para asegurar su destino, no tardó en presentar un apacible aspecto. La reaparición de la flota francesa en los teatros bélicos al lado de los alemanes hubiera desnivelado, en forma peligrosa, el equilibrio exis-

tente entre la potencia naval del Eje y la que los ingleses podían mantener en aguas europeas. Pero los franceses estaban demasiado orgullosos de sus barcos de guerra para permitir, sin resistencia, que fuéser utilizados por ninguno de los dos bandos combatientes. No hicieron falta estímulos para encargarse de defender por sí mismos su poderío naval, y la preocupación por los alemanes de conseguir la amistad de Francia a cualquier precio, consintiendo en la redacción del célebre Artículo VIII del Armisticio, que situaba a la flota vencida al margen de la lucha bajo el control directo de Vichy, vino a facilitar las cosas extraordinariamente. El problema dejó de serlo para los americanos, y el hundimiento de los barcos en Tolón puso fin al episodio en la forma conocida.

Pero donde la política norteamericana con Vichy dió sus más óptimos frutos fué en la vital cuestión africana. No es éste el momento de hacer un sucinto bosquejo de este episodio tal y como nos lo relata Langer en su libro. Baste decir que en sus páginas encontramos, junto con la recordación de los hechos conocidos por el gran público, la detallada exposición de los hilos secretos que movieron muchas decisiones: las negociaciones con Weygand, los contactos con los escasos grupos de resistencia, la aparición de Giraud y sus ambiciosos planes de conquista del Mediterráneo, los motivos que impulsaron el nombramiento de Darlan como jefe del Africa del Norte francesa después del desembarco y, sobre todo, el trascendental alcance del acuerdo comercial Murphy-Weygand de febrero de 1941 que, por "un precio ridículamente bajo" —una docena escasa de barcos de víveres— permitió a los norteamericanos el establecimiento de una tupida red de vicecónsules en todo el Africa del Norte y Occidental francesa, que se convirtió en una preciosísima fuente de información e insustituible arma de negociación al servicio de los planes bélicos aliados.

Es indudable que la diplomacia norteamericana no perdió el tiempo en Africa, y cuando llegó el momento de la "Torch operation" las tropas aliadas se encontraron con un ancho camino libre de dificultades, e instalados con un pie firmemente en el Mediterráneo, pudieron iniciar la recta final hacia la victoria.

Tales fueron los positivos triunfos que consiguió Washington con su "juego de Vichy". Si la Historia nos demuestra que, salvo

contadas excepciones, de las que sabemos mucho los españoles, en política cuentan únicamente los éxitos, habremos de convenir con Langer en que el Departamento de Estado norteamericano siguió el mejor camino, obstinándose en marchar del brazo de Pétain. Aunque no podemos olvidar que, como siempre que los hombres confían sus disputas a la "última ratio", la consagración del éxito de esta política está en las batallas victoriosas que jalonan la marcha de los aliados hasta Berlín. ¿Cómo hubiera pasado a la Historia esta baza norteamericana de Vichy si la fortuna de las armas se hubiese inclinado hacia el otro bando?

En cuanto a Alemania, ya sabemos los frutos que obtuvo de su ingenua política de benevolencia con Francia. Quería reconciliarse con su vecina, y ésta, en sus propias barbas, se dedicaba a un lucrativo doble juego. El mismo suelo cobijaba a los hombres del "maqui" y a aquellos otros que, como Darlan, aspiraban, confiando en la inteligencia y en el *savoir-faire* franceses, a desbancar a Alemania en la dirección de la nueva Europa" (página 117). Y si el triunfo se hubiese inclinado hacia el otro platillo de la balanza, no hubiéramos sido los más sorprendidos al comprobar la realización de este sueño.

El Gobierno de Vichy, no sólo consiguió salvar de la gigantesca catástrofe mucho más de lo que nadie esperaba, sino que — con espíritu de conmovedora previsión— constituía una magnífica póliza de vida, en el caso de que la victoria se inclinase al lado del Eje. Naturalmente, que el Comité de los Franceses Libres de Londres completaba cuidadosamente el doble juego. Y aunque apenas se pueda computar en el esfuerzo bélico de los llamados Franceses Libres algo más que los ardientes discursos de su jefe, nadie podrá dudar de su utilidad si se piensa que ello sirvió a Francia para sentarse —siquiera sea con pase de favor— entre los "cinco grandes", a la hora de la paz.

Indudablemente, como observa el propio Langer, *France had eggs in two baskets* (pág. 65). Es decir, empleando la fuerza gráfica de nuestro viejo dicho, puso una vela a Dios y otra al diablo.

EMILIO MARTÍN.

ANTONIO TOVAR: *Vida de Sócrates*. Edit. "Revista de Occidente". Madrid, 1947. 426 págs.

Antonio Tovar, filólogo español, ha editado un libro que desde muchos puntos de vista puede considerarse como obra excepcional. Y la excepción, en este caso, no se refiere exclusivamente al resto de la producción investigadora de su autor, que en estos últimos años venía ocupando un amplio sector del frente lingüístico; el libro es excepcional incluso en relación a lo que en cualquier país del mundo pueda hoy elaborarse en torno a un tema tan obsesivamente enhiesto en la conciencia del historiador y del filósofo como es el tema de Sócrates; y, desde luego, la excepcionalidad refiérese también al nivel, y quizá más aún al signo, habituales en la producción científica española.

Este joven profesor de Salamanca merecerá siempre ser inspeccionado como caso cimero y expresivo de la juventud española nacida al filo del año 36. Muchas cosas buenas de Unamuno, prácticamente todas las que empujan a los españoles de hoy a penetrar meditativamente en las páginas de aquel viejo y bastante frustrado profesor, circulan por las venas de Tovar, reiterando en él la problemática que va aneja a lo español. Pero, también, muchas cosas buenas del profesor de griego Unamuno están superadas, y enderezadas, en la actitud vital e intelectual de este epigono suyo en las aulas salmantenses.

Pero, por otra parte, Tovar podía haber hecho un estudio más sobre Sócrates —y son muchos los que en torno a él existen—, abordado desde la especialización filológica, con esa tremenda impersonalidad que tantas veces está a punto de mecanizar al operario intelectual; frente a ese riesgo, el autor de esta *Vida de Sócrates* afirma, ya desde la primera página, que "va llegando la hora de reducir el número de estudios parciales míopes y perdidos en el detalle, mientras que en materias tan trilladas como las del presente libro hace falta abordar el tema de frente y trazar las grandes líneas, de un interés más general que lo que los especialistas suelen ver". Por lo demás, y ésta es una de las especies intelectuales que mejor singularizan el temperamento de Tovar, hay en él una vibrante sensibilidad para las exigencias que se dan en su tiempo y en su espacio: el aquí y el ahora,

que tantas veces escapan al discernimiento de algunos investigadores del espíritu dispuestos a deducir de la universalidad de la ciencia la no temporalidad y localidad del hombre que la hace, son sentidos vivamente por este científico que sabe montar guardia de escucha ante su época y su pueblo con una hiperestésica conciencia de esas categorías aristotélicas que son el *tempus* y el *spatium*. "Al escribir este libro ---dice desde el prólogo---, planteo un problema: el de la viabilidad en nuestro tiempo de los intentos que podrían parecer accesibles y legítimos hace ciento o todavía setenta años, y que hoy quizá no son estimados. Es posible que escribir para nuestro mundo español sea aún lícito de esta manera amplia, romántica, si me atrevo a decirlo, y llena de preocupaciones generales y humanas."

Nada más lejano al ánimo y al modo de ser de Tovar, después de estas palabras, que solicitar esa dispensa de la erudición y del trabajo concienzudo que el ensayista superficial suele reclamar tácitamente en casos semejantes. Por el contrario, un contacto de muchos años con las fuentes griegas y con la abrumadora bibliografía suscitada después, y una vivencia tenaz de la problemática socrática en lo que tiene de genérica humana, son el doble montaje de este libro escrito "por quien tiene muchas angustias contemporáneas a cuestas", y escrito, también, con ese ímpetu sincero y original que es patrimonio de una robusta juventud. Porque es el caso que a pesar de la muchedumbre de trabajos que en el mundo se han visto sobre Sócrates, a pesar de Wilamowitz y de Kierkegaard, de Natorp, de Horneffer o de Maier, nadie había osado intitular un libro *Vida de Sócrates*, y merece la pena insistir en la libertad de confesión, en el descaro confidencial con que el autor declara su actitud ante el tema: "era necesario que Sócrates fuera entendido desde un mundo tal vez más afín al suyo, un mundo más apegado a sus raíces, como es España, un viejo mundo en el que aun viven los dioses que han criado a las generaciones. No es el racionalismo occidental el que podía entender a Sócrates, y ha sido necesario que la actual crisis del mundo y que nuestra guerra de España clavaran su garra en el autor para que el tema de Sócrates se acercara y perdiera mucho de su marmoreidad. Este libro ha nacido entre el drama español de los últimos quince años, drama transcurrido para el autor en oscuras antinomias personales".

Si existe alguna figura histórica cuyo trazado biográfico sea puramente imposible por procedimientos documentales rigurosos, esa es la de Sócrates. ¿Cómo, pues, reconstruir su vida? Después de leer ésta que ha compuesto Tovar nos damos cuenta de cómo con el viejo filósofo ha ensayado nuestro compatriota aquella doble actitud que el propio Sócrates, en la última jornada de su vida que el *Redón* nos conserva, adoptaba respecto al conocimiento de la vida de ultratumba: suplir las desesperantes limitaciones del puro investigar (*diaskopein*) con las posibilidades adivinatorias de la intuición que opera en la base del pensar mítico (*mythologeín*). En casos como éste, la mitificación resulta fecunda cuando se posee aquella rara cualidad que Keyserling llamaba capacidad de imaginar realidades vitales ajenas, que sólo se da en el científico como una infrecuente añadidura artística, la única, por otra parte, capaz de dar a su obra un aire de verdadera creación. Precisamente así, a golpes de pura intuición, es como Tovar cincela un Sócrates extraordinariamente verosímil y complejo, el Sócrates más *vivo* que hemos leído nunca, un humano en cuyos últimos fondos no será posible hacer penetrar todos los rayos meridianos del conocimiento racional, pero que lo presentinos en su dramática dimensión histórica y personal, en lo que significaba como alma profundamente religiosa, sumisa a la vieja religiosidad heredada y nutricia, un Sócrates, en fin, que fué, junto a otras muchas cosas dispares e incluso paradójicas, "una especie de santo alegre, con una jovialidad de pagano antiguo, que no se fundaba en ninguna gran seguridad".

Hay que recorrer esos quince capítulos en que el autor traza la etopeya del hombre esquivo y espléndido que es Sócrates para percatarse de toda una serie de captaciones importantes, alusivas, y éste es el mejor mérito del libro, no ya tan sólo al biografiado, ni siquiera simplemente a su atmósfera y dintorno históricos y al clima espiritual en que se mueve el alma helénica, sino también, y acaso antes que nada, a esos instantes únicos en que las mayores fuerzas creadoras comienzan a agotarse, y en los que vemos cómo una antigua potencia original entra en oscuro consorcio con los agentes de una incontenible decadencia.

La tesis de que el pensamiento antiguo se agota a la vuelta de una esquina en que están apostados Platón y Aristóteles, corre parejas, a lo largo del libro, con la evidenciación de que ese

agotamiento es paralelo, y en cierto modo resuñante, de la decadencia del sentido vivo del socratismo. La avasalladora influencia del medio ateniense sobre el ente socrático, el papel importante que el *genius loci* desempeña en la misión de Sócrates, están percibidos con una fuerza excepcional por el autor del libro, que insiste en las raíces nutricias y fecundantes de la ciudad misma, de aquella "Atenas, ciudad demoníaca, que alimentaba a sus hijos de modo casi intrauterino". En este sentido, capítulos como los que se titulan "Genio de Atenas" y "La ley de la ciudad", nos hacen asistir a una inolvidable vivisección de la cultura antigua en sus centros neurálgicos. A Sócrates, primer racionalista de su tiempo, superior y más fino que todos los sofistas entonces pululantes y recién enriquecidos, le cupo el trágico destino intelectual de estar, al mismo tiempo, de ida y de vuelta en el viaje divino y peligroso hacia las costas de la razón: en medio de la fiesta de luz racionalista, sólo él barruntó la galerna que iba a socavar los cimientos de la ciudad después de tronzar sus raíces religiosas. Precisamente es en la esfera religiosa donde busca Tovar la clave y el sentido del fenómeno socrático, pues, aunque parezca increíble, y a pesar de los esfuerzos de Hornelffer en esa misma dirección, toda la tinta vertida por más de un siglo predominantemente positivista, apenas había hecho otra cosa que merodear tímidamente en torno a esa estancia última de la profunda seriedad religiosa de Sócrates, de su sinceridad, que le libraba de la frivolidad dominante en la cultura griega hecha irreligiosa. Él, el racionalista, supo, sin embargo, apoyarse en la religiosidad local y ser una especie de creyente popular, "con devoción a las humildes ermitas en que habían rezado sus abuelos, y por otra parte, aplicaba su razón a ordenar una firme y segura teodicea, una religiosidad que resolviera exacta y precisamente los más angustiosos problemas". Pues, como advierte el autor en uno de esos párrafos que irradian una vívida inspiración, "es verdad que Sócrates es un racionalista, pero no deja de estar en contacto con una corriente irracional, profunda, femenina, que se manifiesta siempre, más o menos visible, en el fondo de la vida griega. Se pierden sus orígenes en la noche de los tiempos, y cuando reaparece no es mero resultado de la fatiga de la razón. Por debajo de los racionalistas, la corriente se desliza turbia, oscura, profunda, haciéndolos temblar con su cálida violencia. Esta co-

riente termina por llevarse la costra de hielo racional, la arrastra y derrite, y así acaba con la heroica ficción marmórea y apolínea. Eurípides es el poeta que consigue arrastrar más témpanos de la costra de hielo".

Como Sócrates representa una tremenda encrucijada de humanidad, como confluyen en él y de él irradian todos, o casi todos los problemas que durante siglos laten en las sienas del pensamiento occidental, religiosos, políticos, educativos, filosóficos, ocurre necesariamente que al interpretar el contenido anímico e histórico de Sócrates con esa sincera intrepidez que caracteriza al autor de este libro se trabaja al servicio de la filosofía de la Historia, y no tan sólo al servicio de la historia de la cultura específicamente griega. Así, pues, ese enfoque amplio y lleno de preocupaciones generales y humanas que el autor ha dado a su trabajo no contiene únicamente una serie de capítulos agudamente aclaratorios de la postura socrática ante la religión griega, ante la moral y la política ateniense, ante la educación propugnada por el propio Sócrates o por los sofistas de su tiempo, sino que al recorrer las páginas de esta *Vida de Sócrates* el discurso historiográfico se intercepta constantemente con grandes cuestiones, por así decirlo, transversales que no tienen nada de digresión, sino de rigurosas intrusiones hacia el fuertano de los problemas, disparados en la honda del interrogante o de la escueta afirmación con ese estilo acurado y espontáneamente negligente que es típico en la prosa de Tovar. Especialmente, el problema del retorno a las raíces religiosas y nacionales de la cultura, esterilizadas por el incontenible avance de la civilización, está presente a lo largo del libro, en el que no se disimulan, sin embargo, los riesgos de retornos inoperantes y ficticios, el espejismo de restaurar modos de vida fenecidos que se ahorcaron con la soga de un fatal racionalismo que, por rara paradoja, sigue actuando, en su marcha ascendente, en la base misma de la conciencia nostálgica del reaccionario. La solución estriba en contar de antemano con que las raíces no se regeneran y con que es preciso buscar, en el fondo más remoto, lo que todavía vive con su propia y auténtica vida. Con una libertad infrecuente en los filólogos al uso, declara el autor la ambición de su libro, que "quisiera acabar con todas las utopías que sueñan con desarraigar al hombre de aquello que le hace político, sujeto a un

Estado, a una ciudad nata. No existe acaso virtud moral más alta que esta obediencia a los viejos y profundos instintos de la continuidad de la estirpe, la defensa de lo propio, la fidelidad al genio del lugar en que se ha nacido. Fuera, todo se convierte en una pretenciosa virtud moral, que viene a complicar y falsear la vida. Esta artificiosa virtud cuesta toda la escasa alegría accesible a los mortales. Esta profunda alegría está irremediablemente ligada al terruño nativo. Es inútil todo esfuerzo por contradecir este encadenamiento. Una cierta felicidad nos es accesible si se cumple con esa sencilla tendencia de los instintos primeros. No se propone aquí una norma ética: sería ya predicar una ley moral basada en la razón: es decir, algo artificial, civilizador, anti-genuino. Sólo con escuchar la voz de la sangre nos acercamos a esta norma. Pues conoce mucho más ese mundo la sangre que la inteligencia, por clara y meridiana que la inteligencia sea. En Sócrates se resuelve el conflicto entre una y otra de la manera más terminante, a pesar de que en él una y otra, la sangre y la razón, tienen una fuerza inmensa".

Tal es la tónica de esta *Vida de Sócrates*, cuya novedad y estilo revolucionario son percibidos por el propio autor con plena y clara conciencia. Pero la crítica, esa crítica un tanto empedernida de los filólogos que sólo estiman "lo seguro", exponiéndose al dictorio de Nietzsche cuando llamó a esa ciencia "hogar de la cultura filístea", a la que Tovar no puede menos de mirar de reojo al tiempo de escribir, tiene hartos motivos para acoger como singularmente valioso el haz de fecundas intuiciones que en este libro —excepcional, ya lo hemos dicho—, se proyectan sobre Sócrates y sobre todo aquello que a Sócrates, hombre, como nosotros, no le era ajeno.

ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA.

JOSÉ LARRAZ: *La meta de dos revoluciones*. Editora Blass, S. A., Madrid, 1946. 374 págs.

Cuando Guizot en 1885 afirma en el prólogo a la sexta edición de su *Historia de la Civilización en Europa*, al contestar con suma cortesía las objeciones que le habían dirigido Balme, Donoso Cortés y el Abate Gorini: "Soy de aquellos que pasan-

do del estudio a una escena más agitada han buscado en el orden político la armonía activa de la autoridad y la libertad", es manifiesto el tono de elegía en sus palabras. Al expresarse así, tal vez sellaba la actuación, sobre el escenario de nuestro Viejo Mundo, de algo que luego apenas ya se dió: el político con principios. Hubo después gobernantes despiertos que han sabido mover buenas técnicas en la Economía o en la Administración, pero ¿puede decirse que en lo que va de siglo haya tenido lugar en la Europa continental una política fundada en principios? Nótese que con esto no queremos decir una política que haya aplicado a la realidad esquemas cerrados de razón. Eso, claro está, que se produjo en abundancia y aun, para desventura de Europa, sigue brotando por doquiera. En este incompleto medio siglo la política continental ha transcurrido entre el Scila del patetismo fantasmagórico y el Caribdis del pensamiento abstracto para encallar, finalmente, en una fanatización a la que todavía no se ve salida clara en el horizonte de nuestro presente. Y nada hay en verdad peor que el fanatismo y el pretendido servicio a las ideas cerradas en la política. Nada hay tan grave como la fácil y energuménica discriminación entre leales y traidores, nada más confuso que aplicar a la política conceptos como los de desertión y heterodoxia, sacados de otras esferas, en este caso la militar y la religiosa. El mundo contemporáneo que vió surgir hecho de las dimensiones del nuevo Imperio británico, ha contado con gobernantes seguros de sí. No lo negamos. Pero si alguien, como Dollfus, tuvo al menos ideas claras, la tragedia ejerció sus derechos contra la excepción que se alzaba en un mundo poseído de un implacable sino. Mussolini tuvo indudablemente genio político, pero, con términos de d'Ors, en él acabó, prevaleciendo la voluntad de aventura sobre la de ordenación. Si la guerra última ha sido llevada con decisión por hombres que poseían además bíblico de gran formato al otro lado del mar, voluntad noblemente corsaria y conservadora en la Gran Bretaña o una tenacidad opaca y digna que se imponía lentamente en un Argel de nuevo nido de piratería, es muy dudoso que esos hombres poseyesen una suficiente visión del futuro que tal vez les hubiera evitado faltas graves. En los momentos decisivos se supo reaccionar --Grecia, Persia, en cierto modo Austria--, pero eso confirma nuestra tesis de que sólo

a la desesperada o bien en nombre de una "verdad absoluta" cogida al vuelo, se ha venido haciendo en Europa, en los últimos lustros, el grave menester de la política. No hace falta, ciertamente, ir muy lejos para contemplar por todas partes minúsculos grupos de corta visión en desaforada pelea entre sí, que viven felices y como iniciados, dentro de sus herméticas escafandras. Lo insólito del caso es que en esta época se da un tipo humano capaz de satisfacerse plenamente en la actividad política. Pero la política es algo por esencia superficial que no puede llenar por entero las honduras del espíritu. Por el contrario, es menester que los hombres que actúen en la política vivan desde un plano humanista y estén formados en principios desde los cuales la política sea una actividad proyectiva, pero no un centro de existencia. Acaso por una serie de causas históricas concretadas en lo que Ortega llamó rebelión de las masas, la política ha recibido primordialmente en su seno en los presentes años hombres en quienes en muchos casos la rectitud de intención y la inteligencia clara concurren con un considerable vacío interior.

Cuando un hombre político se esfuerza hoy en ventilar serenamente los problemas esenciales de su actividad, en ver la perspectiva histórica de nuestro presente y con términos más o menos precisos lleva a cabo un serio análisis de los problemas que le afectan y no vacila en afirmar cosas que repugnan a la mentalidad de la masa, no podemos dejar de sentir una grata sorpresa. *La meta de dos revoluciones* es un libro claro y escrito con sentido de responsabilidad. De sus páginas se destila un ideario concreto sobre los problemas políticos y económicos que hoy están planteados. Pero un ideario enderezado a la realidad histórica, nunca constituido por esquemas abstractos. No se trata de un libro para la propaganda, ese infausto instrumento inventado en nuestra época para hacer a la verdad cautiva. En ese libro no se olvidan los principios ni se mitifica a la realidad.

¿Cuál es el tema central del libro y cómo se especifica en sus diversas cuestiones? El autor inserta en el volumen varios estudios de distintas aunque cercanas fechas. *La meta de dos revoluciones* que sirve de título a todo el volumen, encabezándolo, es una conferencia de un curso organizado por la Acción Católica en 1945. A continuación figura el denso discurso de in-

greso del autor en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas: "Comunomía". Sigue el ensayo "El tipo ideal y atractivo de la comunidad contemporánea", a base de unas lecciones profesadas en la Escuela Social de Madrid, cerrándose el libro con un estudio sobre "Los lustros de transición" que vivimos desde ahora. El autor inserta unos trabajos tales como fueron elaborados. Y no está demás que, en buena parte, se lo reprochemos. Hubiese sido preferible que refundiese en unidad las distintas partes de la obra, que tiene de suyo una línea directriz, un cuadro de ideas claras y una apreciable sistematización interna. Tanto es así que en el breve estudio que haremos de la obra preferimos seguir un criterio unitario acerca del conjunto de la misma.

Veamos un poco la articulación interna del libro de Larraz, examinando los siguientes problemas: 1.º Individuo y comunidad. 2.º Estado y soberanía. 3.º Atomismo social y equilibrio: La actuación de la justicia en la Historia. 4.º El concepto de comunomía. 5.º Estado y economía. Libre competencia y planificación. 6.º Política social. 7.º Principios de una reforma constitucional y económica en el presente.

1.º La sociedad no es un fin en sí mismo ni tampoco un agregado de individuos. La antinomia individuo-colectividad no puede tener solución si no se estudia el significado preciso de cada uno de sus términos. El no ser la colectividad algo que tenga una sustancia propia no lleva consigo su reducción a los individuos que la componen. La sociedad es un modo de la vida humana que se alza y resplandece sobre la estructura de aquélla en la plenitud de su ser personal. No puede constituirse la colectividad por una mera adición de voluntades sueltas. Se vindica el jusnaturalismo escolástico (el medieval y el moderno español) a éste y otros respectos, pero en cuanto su última esencia, sin petrificar en pasados formatos la visión filosófico-política de la hora actual. El motor de la vida social no está constituido tan sólo por leyes propias y autónomas de ella. No siendo algo sustantivo la sociedad, al margen de las personas que la integran, es el hombre mismo con su constitutiva libertad el motor de la vida colectiva. No cabe interpretar el curso de la Sociedad según leyes casi físicas, a la manera de Compté y de Marx, aparte del contenido opuesto de las mismas en ambos

pensadores. Pero al insertarse el hombre —necesariamente— en la vida colectiva, se inscribe en un modo de existencia que tiene sus modalidades propias, las cuales no son una mera transcripción de la misma vida individual. Esto aparte de que el hombre, aun considerado como individuo, es también histórico; se halla en un concreto nivel del tiempo y tiene que partir de un sistema de creencias y actitudes sólo desde las cuales, bien que también frente a las cuales, tiene que construir su vida personal. De ahí que al pertenecer el hombre a la comunidad no se agrega simplemente a otros individuos. La posición de Tomasio, Pufendorf, Roussseau, no puede ser aceptada. El autor acertadamente excluye de esta actitud netamente individualista y prerrevolucionaria en cierto sentido a Montesquieu y a Kant; a este último en razón de su hondura filosófica no conciliable con posiciones unilaterales. Pero el otro extremo colectivista es todavía más grave, puesto que si en el anterior naufraga la sociedad, en éste, el hombre mismo. Por otra parte, es un error el estimar que una estructura política individualista conduce a la mejor garantía de la persona. En un libro nuestro examinábamos cómo al actuar uniformemente atomizados los individuos en la política, lo que actúa es, en rigor, una realidad colectiva, la masa, nada respetuosa con los fueros de la personalidad. Y, por el contrario, una comunidad no individualista, en cuanto su estructura, puede ser respetuosa, en términos de Ruiz del Castillo, con "lo vivo en la idea liberal". Tiene plena razón Larraz, pero no estaría descaminado si aguzase más la crítica —supuesta muy claramente en todas sus páginas— contra un tipo de colectivismo extraordinariamente grave que se apunta en algunos autores contemporáneos como Biader y Larenz, entre otros, quienes haciendo arrancar el ser de la persona de la comunidad misma, estiman que al ser esta última "auténtica" queda aquélla sobradamente garantizada y feliz. ¡Librenos Dios de la autenticidad en política! Lo que se hace en la Historia, y es por esencia complejo, no puede ser puro y simple. Con acierto indudable, y siempre inspirado en la doctrina de los mejores filósofos católicos, Larraz se declara por la interpretación cuasi orgánica de la estructura social, en el sentido en que luego veremos.

Para que el individuo tenga pleno respeto de sus fueros no puede constituirse una colectividad, sobre la pura decisión de la

masa. La colectividad tiene que vivir de principios indiscutibles — aunque se traduzcan en instituciones variables—, por los cuales sirve al hombre en sus auténticos fines, que están más allá de toda estructura social. Mas ello nos lleva al otro problema.

2.º El Estado es aquel momento en que la sociedad reposa íntegra y unitariamente sobre sí misma, desde el centro de sus más tajantes e indiscutibles decisiones. De ahí que se plantee en términos agudos el problema de la articulación de la sociedad y el Estado. Dos soluciones pueden ofrecerse a este respecto: la neutra liberal, según la que el Estado se limita a regular el automatismo social, y la plenamente orgánica, o en la terminología de nuestra época, *totalitaria*, que le confiere la misión constructiva del conjunto de la vida común. Ninguna de las dos es aceptada por el autor. El Estado no puede ser un puro resorte neutro, regulativo de la comunidad, porque necesita en toda situación poseer una tabla de valores acerca de la vida humana personal y colectiva. Cuando en la tesis de liberalismo clásico y estricto, el Estado deja hacer en cualquier órbita, marcando puros límites externos a la libertad, reconoce el valor positivo en el orden social a los acontecimientos que emergen espontáneamente de los individuos y del acuerdo o tensión entre los mismos. Bajo la aparente neutralidad late un sentido individualista y un concepto cuasi mecánico de la sociedad. Esto parte de los concretos designios histórico-políticos de una concreta dirección, los que no queremos tocar aquí, porque no entra en nuestras posibilidades ni preferencias desenmascarar, sino interpretar modestamente, las corrientes del pensamiento y sus formas institucionales. Ahora bien: si la sociedad no es un mero conjunto de individuos ni un orden que brota del juego de las cosas espontáneas, la política no puede fundarse en tal supuesto de no incurrir en utopía, lo que lleva siempre a extremos contrarios al propósito inicial. En este libro se pretende analizar las cosas tales como son y se combate todo pensamiento político fundado en esquemas utópicos. Pero el problema es más complejo. El Estado no es algo que hace a la sociedad, pero tampoco un puro resultado que brote automáticamente de la misma. Al Estado compete articular, ordenar y servir jerárquicamente al conjunto de la comunidad. Según hemos hecho ver en una publicación nuestra (*El Poder Político y la Sociedad*), el Esta-

do, por una parte, consagra un orden social, mas por otra viene a ser aquella forma política la más explícita de las formas políticas, como tales, que vindica, sobre las presiones sociales, la realidad y el valor de la persona. Desde Santo Tomás de Aquino hasta nuestros días, salvo en momentos excepcionales, ha sido ésta la esencia del pensamiento político sobre el Estado y el proceso en que históricamente se fué depurando a sí mismo. Lo verdaderamente glorioso e insólito del Estado europeo, de inspiración cristiana, ha sido el de constituir una suprema organización social al servicio de la libertad. Por ello es menester que aun en sus desviaciones se vea en él una raíz de la más noble civilización. No se desconoce esta posición en el libro que comentamos, lleno todo él de la preocupación por la libertad y por las formas a través de las cuales, en la crisis presente, para el bien del mundo, puede ser salvada. Si debe concebirse de un modo cuasi orgánico a la comunidad, el Estado precisa velar por su orden y por el desenvolvimiento a través del mismo, del fuero intangible de la persona. Es ésta la base incommovible de todo el orden cristiano, la condición tácita para que el sentido europeo de la política pueda prevalecer en el futuro. El autor enfrenta de un modo inequívoco la posición personalista, que defiende sin regateos, y la totalitaria y absorbente, representada de un modo paradigmático en la Unión Soviética. Pero como el puro individualismo no es una garantía para aquel principio fundamental, se hace preciso salvaguardarlo a través de un sentido orgánico y jerárquico de la sociedad, cristianamente inspirado. Aquí vienen, claro está, los riesgos que hay que afrontar. En todo caso, no es este momento el más propicio de una política fácil. El autor se da cuenta de ello. Tras lustros de grave parcialismo, en los que nuestra civilización estuvo a punto de sufrir un daño irparable, es menester recurrir con valor a las impopulares formas integradoras, a "esa síntesis asimiladora que, en fin de cuentas, es la civilización", según en otro lugar hemos expresado. ¿A quién corresponde la soberanía? Aquí el autor vincula el Estado a la comunidad, por cuando a esta última, en su conjunto, pertenece de un modo inmediato. Se rechazan, por tanto, aquellas tesis que confieren la soberanía a un determinado grupo carismáticamente investido o a una cierta clase capaz de desplegar una revolución. Pero la comunidad soberana no puede

identificarse con la suma de sus miembros, sino que cada uno participa en la misma a través del propio valer desenvuelto en las distintas funciones. El autor se acoge aquí a la posición de los clásicos españoles, especialmente de Vitoria, de quien da una interpretación similar a la que en algún momento hemos sostenido.

3.º Dos corrientes pueden informar una sociedad. El atomismo y el equilibrio cerrado. Para el autor, a la larga, predomina, de un modo o de otro, en la historia el equilibrio. Ya hemos visto cómo las fuerzas atomizadas terminan formando ese ente macrosópicamente colectivo que es la masa. Pero lo grave es que el equilibrio se cierra de tal forma que quede fuera de él la dignidad y la energía del individuo, con sus fines trascendentes y sus fueros inviolables. Al lado de los factores colectivos se da la acción de la justicia en la Historia. El autor tiende la vista constantemente a los principios del Derecho natural cristiano. Un equilibrio cuajado fuera del marco de los mismos es injusto y recusable. En la historia, en todo caso, con una mirada amplia, puede apreciarse un creciente índice de justicia. Se recoge, por tanto, matizándola dentro de ciertos límites, la idea del progreso, inadmisibile como fuerza natural sin fallas, pero innegable en una interpretación de la historia como obra del espíritu. Ahora bien: el problema surge cuando estos principios se proyectan en la política. Ocurre que, si el hombre pertenece a muy diversos grupos sociales, es indiscutible que no se vincula al Estado tan sólo a través de los mismos. Al Estado se pertenece no sólo como miembro de una familia o de un Municipio o de un Sindicato, sino, por de pronto, como hombre mismo. Sin este principio, esencial al humanismo del Estado europeo, se desconoce ese admirable aleteo del espíritu que le ha caracterizado unívocamente en la Historia. No puede, por tanto, identificarse al Estado como una forma plegada sobre un orden social inexorablemente fijado. El Estado no es un inventor, pero tampoco un disecador de la sociedad. Si tiene que respetar la espontaneidad de la vida comunitaria precisa también salvaguardar de sus múltiples presiones a los individuos. Y aquí viene un delicado problema.

El autor concibe a la sociedad encauzada y regulada por el Estado como una pirámide en la que sus distintos elementos se

asientan en estratos horizontales y verticales. Para que el poder público responda al buen orden del conjunto y no pueda ser objeto de la acción tiránica de cada uno de los grupos, es menester que ninguno de ellos domine de un modo absoluto. Pero siendo los estratos más básicos, y por así decirlo inferiores los más numerosos, hay que evitar que a ellos corresponda como tales la última decisión, es decir, que el poder representado en el vértice no sea un reflejo exacto de cada una de las partes, sino de conjunto. De ahí que en la organización política deba predominar el interés general que si el autor expresa, con la idea escolástica del bien común, lo hace a la vista de los problemas concretos del presente y no al modo usual, acogién dose sin crítica a una fórmula hecha que circula cual gastada moneda de mano en mano. Luego veremos cómo puede traducirse a la política esta idea.

4.º El concepto de comunión. En la base del Estado se halla una realidad social y comunal que no puede desconocer. Esta realidad no es un producto de una evolución positivista a la manera de Comte ni el cauce de desenvolvimiento de un casi mecánico proceso económico a la manera de Marx. Está integrada por vidas humanas en relaciones diversas. Y si por un lado está sujeta a leyes propias que se realizan en el decurso histórico, por otro está elaborada por los hombres individuales y actuales que la conforman con arreglo a pautas ideales. Estas pautas tienen un último punto de absoluta justificación en el derecho natural, que el autor acepta de un modo genérico en su versión escolástica, entre otras razones porque esa posición ha abierto un amplio margen al aspecto variable temporal y social para los principios superiores de la justicia. Una política no puede construirse sin un previo análisis de la realidad social. El autor lleva a cabo un estudio sobrio y preciso de la misma en el que se integran puntos de vista procedentes de la filosofía, de la economía y también urgidos por la actualidad política misma. No es fácil tal vez distinguir en todo momento lo estrictamente teórico de lo programático. No sería ello, por otra parte, grave conjunción. Un sociólogo contemporáneo de la finura de Freyer llega a afirmar que al ser la vida social tejido de existencias humanas no se puede contemplar su realidad sin una actitud valorativa y aun reformadora, en cierto sentido, de la

nismia. Una política social entendida en su más amplio y noble sentido como comportamiento del Estado en la sociedad comprendida íntegramente debe atenerse a los factores que la constituyen, pero no puede carecer de un mínimo ánimo de razón, lo cual es algo muy distinto que la utopía, la vida social quiérase o no es una constante actividad reformadora. ¿Cómo va el Estado a carecer de esa dimensión? Lo que no puede el Estado es absorber dentro de sí a la sociedad misma, ni tampoco limitarse a reflejarla. En todo momento tendrá que apoyarse en ella, pero sin perder de vista un vivaz ánimo de reforma. Ella habrá de atenerse a las posibilidades históricas de la época. Pero no tendría sentido la inhibición. Las condiciones de una comunidad fundada en los principios de nuestra civilización, que tienen que constituir lo que pudiéramos llamar el ideal social del Estado, y que éste tiene que fomentar con energía inteligente son los siguientes: la utilidad económica comunitaria y el mínimo de vida de cada uno de sus miembros, el equilibrio interno de la comunidad y el mantenimiento dentro de la misma de una auténtica jerarquía basada en las funciones y en su objetiva valoración, la protección del interés general que el autor interpreta con arreglo a la fórmula del bien común escolástico planteándose el problema del equilibrio entre la justicia y la seguridad; y, por último, la condición fáctica de todo lo común que es la primacía de los valores religiosos y morales de la persona dentro de una concepción católica de la vida. Hay que aclarar que siempre que el autor recoge fórmulas antiguas, no lo hace de un modo fácil y tópico, sino planteándolas dentro de la estructura de la época presente y de sus vitales problemas. La fórmula del bien común se ha convertido ya sobre todo en la Península en un artefacto de fábrica que sirva para casi todo menos para plantear los problemas filosófico-políticos con lucidez. No está demás señalar la actitud muy distinta del Sr. Larraz, quien no se propone un análisis estrictamente teórico de estos problemas, sino una proyección política de los mismos hecha en todo caso con espíritu crítico y honradez intelectual.

5.º El problema del Estado en relación con la economía es objeto de un amplio estudio en el libro que nos ocupa. Larraz se plantea el problema de la libertad económica y de la planifica-

ción. Rechazada de plano la absorción estatal de la economía, ¿cuál puede ser el comportamiento del Estado ante la vida económica? Tras una época de grave y excesivo intervencionismo brotan por todas partes deseos de alegre vuelta al viejo liberalismo económico. Y no faltan críticas acerbas contra la política de protección de las clases trabajadoras, que los Estados contemporáneos, sin olvidar el importante hecho español, llevan a cabo. El autor no se deja llevar en este aspecto por las posiciones parciales. Es muy fácil dar la vuelta a las cosas y tratar de reimplantar una primitiva tesis controvertida con evidente exceso e indudables daños en época posterior. Pero se impone un examen sereno de las cosas que el autor no abandona. Frente al totalitarismo político y económico soviético se impone reconocer la libertad social de la economía. Pero no puede desconocerse que los Estados actuales del mundo occidental, fascistas y democráticos, se han visto obligados por razones de justicia y de necesidad a no dejar la economía al espontáneo abandono de sus fuerzas. Larraz examina detenidamente la posición liberal de Hayek y también la del *full employment* de Beveridge, precedido por Hahn. Esta última posición tiene un fundamental inconveniente: el aumento de la deuda sobre el índice de la renta nacional. Pero la posición del estricto libre juego pone en peligro la seguridad. Larraz sostiene, con Stackelberg, en este punto, frente a Hayek y von Mises, que no basta la utilidad competitiva como criterio de una política económica porque la seguridad no es un fruto espontáneo de la pura competencia. En este respecto, habría que procurar, frente a la meta ocupación total, una ocupación máxima amparada por el Estado con el máximo respeto posible al libre juego económico. En cuanto a la política social habría que estructurarla en un sistema de empresas fomentado por el Estado. Son éstas fundamentalmente empresas familiares, empresas cooperativo-laborales, y la agrupación gremial de las mismas en formas corporativas de Derecho público. La economía podría transcurrir en esas entidades con el máximo respeto a sus leyes propias y sin una estricta intervención del Estado, pero también sin la inhibición del mismo. El autor vindica para sí, en este respecto, la prioridad de algunos intentos españoles contemporáneos y trata de ajustarlos a su sentido auténtico y primordial. Al enfocar la polémica en las dos po-

siciones antagónicas, en orden a la política económica, encuentran en el orden puramente técnico un cierto equilibrio de ventajas e inconvenientes. La solución no puede venir tan sólo de la economía, sino que hay que buscarla en un plano humanista superior. El grave riesgo de la intervención bajo sus distintas formas es la merma de la libertad. Pero la libertad no es primordialmente un concepto económico.

6.º En cuanto a los principios de una reforma constitucional y económica del presente, el autor establece como pieza fundamental de su concepción el gremialismo. También aquí utiliza el autor fórmulas antiguas dándoles un contenido nuevo. Los gremios agruparían los distintos sectores de la vida económica y social de la nación constituyendo corporaciones de derecho público, cuyo fin fundamental sería "dar a la comunidad equilibrio sin violencias injustas". Como puede verse, el término no hace para nada relación a ningún enquistado tradicionalismo, sino que se proyecta plenamente sobre las exigencias de la vida actual. Podríamos preguntarnos, sin embargo, hasta qué punto es útil aquí el empleo de fórmulas antiguas para ideas nuevas, teniendo en cuenta, sobre todo, la propensión inerte de la mentalidad española, eso que Menéndez Pidal, en su magnífica introducción a la *Historia de España*, prefiere llamar estático apego al pasado mejor que viva tradición. La articulación de los gremios constituiría el molde político social de la nación y sería una pieza fundamental para la construcción del Estado.

Ahora bien, esto plantea delicados problemas. ¿Es el gremio fundamentalmente una institución de carácter económico? Al parecer tiene mucha mayor flexibilidad, por cuanto dentro de esas corporaciones de derecho público se verifican actividades de tipo social no reductibles al ámbito de la economía. Pero en todo caso, ¿la pertenencia al Estado se verifica a través de la inserción del individuo en otras instituciones sociales? En España, actualmente, ha llegado esto a constituir un tópico merced a la desnaturalización de que se ha hecho víctima a fórmulas ilustres. Pero la verdad es que no puede afirmarse que el individuo sólo se incorpora al Estado a través de entidades intermedias. No lo afirma, desde luego, Larraz, y, por el contrario, vindica la directa pertenencia de la persona al Estado. El Estado

es una realidad muy delicada y completa. De una parte impera sobre estructuras sociales, y de otra sobre individuos. Una cosa es que el Estado no resulte tan sólo de una acuerdo de voluntades individuales, pero otra muy distinta que el individuo directamente tenga una dimensión de directa pertenencia al Estado. Precisamente esto constituye una de las características esenciales del Estado como expresión política del mundo occidental. La historia de Europa es un levantamiento del individuo verificado desde una instancia política que fué reconociendo en él su carácter de primordial sujeto de la vida pública. Y esto de un modo fundamental, en nombre del concepto romano de persona al que el cristianismo había dado su fundamental y más rico sentido. El Estado es, por una parte, hijo de la estructura social, pero por otra es el gran liberador de los individuos frente a la presión a que dicha estructura dejaba a sus propias fuerzas le somete. ¿Cómo garantizar esta directa pertenencia del individuo al Estado, sin merma de una ordenación cohesiva de la sociedad? Hace más de un siglo decía Hegel que sólo en el Estado el individuo era el verdadero sujeto de su libertad. Esa fórmula ha sido posteriormente falsificada en un sentido panteísta y totalitario --no sin cierto fundamento en el propio pensamiento filosófico de su autor--, pero encierra una verdad profunda. El Estado europeo ha sido una instancia política que ha vindicado en su decurso histórico la libertad de los individuos frente a la presión de las instituciones sociales. Houricou lo ha visto con ejemplar claridad. El autor se plantea el problema de esta suprema articulación --el individuo y la colectividad ante el Estado--, y trata de salvar en síntesis integradora los términos de la misma. Ahora bien, para ello es preciso que el individuo no actúe frente al Estado de un modo amorfo y atómico, sino en virtud de su función concreta dentro de la vida social. Para ello establece que toda persona es auténtico ciudadano y tiene el derecho de participar electoralmente en la vida estatal, pero de tal modo que ello le da un mínimo de coeficiente de votación al que deben incorporarse en virtud de su calidad y de su valorativa jerarquización las funciones efectivas que en la sociedad desempeña. La idea es atinada, pero requiere un desarrollo mayor. En momentos, la preocupación estructural y colectiva domina un poco en el libro frente a las intenciones de su

propio autor. En algún pasaje de la obra se concibe a la sociedad como una pirámide. Esta metáfora es geométrica, pero de no prevenirnos de todas sus consecuencias, podría resultar también un poco faraónica. No desconocemos, sin embargo, que ninguna de las estructuras sociales que el autor postula deja de estar impregnada del sentido cristiano de la libertad.

Un problema preocupa gravemente al autor: cómo garantizar en una sociedad jerarquizada el equilibrio auténtico del riesgo de la opresión de la gran masa o de los grupos dominantes. Para ello, con verdadero acierto, que no habremos de regatearle, postula la implantación de una vigorosa clase dirigente, no vinculada al poder económico ni a la fuerza en la masa, sino al prestigio intelectual, en la mejor acepción de este término. No hay por qué señalar los nobilísimos antecedentes europeos de esta preocupación, ni la urgencia actual de las soluciones esbozadas. Pero las dificultades que hoy tiene en el mundo la constitución de una auténtica clase intelectual dirigente son extraordinarias. El mundo presente, y no hace falta alejarse mucho del alcance de nuestra mirada, se va organizando en torno a los dos polos más o menos opuestos del poder eficiente de la economía y el de la gran masa. No surge por ninguna parte la idea de dar cuerpo efectivo y situación social a las actividades del espíritu. Cuando estas actividades se proyectan hoy con influjo efectivo en la vida social, tienen que insertarse en cualesquiera de las dos órbitas antes aludidas. Órbitas cuya solución ignoramos, pero cuya incompatibilidad en el momento presente se ha atenuado. Sea cual fuere la meta última, que, por ejemplo, hoy se proponen los partidos comunistas de Europa, su animosidad se dirige mucho más a los sectores de la inteligencia y del espíritu que a los que, en proceso más o menos monopolizador, asumen el poder económico. Frente a esta realidad, apenas surgen proyectos vagos, y desde luego ninguna idea clara para situar en el quicio de la vida intelectual europea esa aristocracia del espíritu que Larraz propugna. Nuestro provisional pesimismo no puede mermar cálida acogida a esta idea del autor. No hay que olvidar, por otra parte, que Larraz, en vez de haber construido un libro orgánico, como podía hacerlo con los materiales que contiene, ha dado éstos directamente en una división de trabajos separados que deseamos provisional. En todo caso, te-

nemos a la vista el caso de un hombre político dotado de ideas claras sobre el presente. Y esto no es poco. Frente a los tópicos de una y otra hora hace falta eso: pensar un poco en serio sobre las cosas públicas. Ninguna hora mejor que este prometedo, por difícil, presente de Europa para hacerlo.

SALVADOR LISSARRAGUE. .

JAIIME EYZAGUIRRE: *Hispanoamérica del dolor*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1947. 136 págs. y 4 láms. en bicolor.

La acción subordinada a la inteligencia y ésta al servicio del Catolicismo y de la tradición, constituye la línea, recta como saeta, de una vida ejemplar que en Chile se ha volcado a un servicio auténtico en el que no tiene cabida el soborno ni las posturas de puras piruetas. Y él, Jaime Eyzaguirre, hasta hace muy poco entre nosotros, vuelve a incorporarse a su tarea, dejando un reguero de recuerdos en España. Sus contactos aquí le han granjeado sólidas amistades, que la lejanía física acrecentará. Porque en este mundo hispánico nacen las ideas, como en todo lo humano, rodeadas de la miseria de los hechos menudos que se pierden cuando la distancia permite ver con nitidez el perfil de sus líneas generales. España e Hispanoamérica las reciben recíprocamente y, generosamente, se las devuelven con extraordinario crecimiento en su resonancia.

Nada, pues, más ventajoso para España que, desde una plataforma hispánica de otro Continente, pueda ser examinado y alentado su ser con la savia nueva de un mundo que se mueve de Oriente a Poniente; ni nada más aprovechable que este mundo reciba de España las esencias europeas de la tradición donde el pasado milenario gravita como una norma.

De ahí que Eyzaguirre vuelva a su tierra lleno de fe y esperanza españolas, porque casi puede decirse que España es el único lugar europeo de donde sale un rayo de luz que proclama la Verdad Eterna, que, por desoída, negada y ovidada, parece nueva.

Allí, en Chile, continuará su dura tarea, que no en balde el sufrimiento es característico en quien mucho ama.

* * *

Aquí sobre su recuerdo, nos deja en la colección de libros del Instituto de Estudios Políticos, su *Hispanoamérica del dolor*, porque como él dice, "... hay dolor de alumbramiento o de agonia desde que se conoce la vida en la tierra de América".

En la fisonomía del Continente hispanoamericano, la nota característica que le atribula, es la agonía entre el ser y el no ser. La facilidad de la vida material no le exime de este peso que radica en la terrible lucha entre la fidelidad al destino y la apostasía, porque la conciencia de pecado produce angustias de muerte, que son, precisamente, presagios de vida. Por ello, el reconocimiento de la debilidad humana encierra mucho más de fortaleza que lo que a primera vista puede parecer.

Mientras otros pueblos huyeron de la realidad del continente americano, contabilizando exclusivamente las riquezas y evitando contactos con seres creados por Dios a su imagen y semejanza, en aras de una idea racista, el español se da con generosidad sin límites y, a su vez, recibe el fruto de su entrega. Por eso dice Eyzaguirre que "lo que brota de Hispanoamérica no es la planta europea intacta, sino una tercera dimensión de sangre y cultura enriquecida con aportes dispares y orientada a nuevos y no soñados destinos".

Supo el español ligar, por el catolicismo y por la cultura — fundiendo en un solo espíritu a Hispanoamérica—, lo que tan sólo estaba unido a la tierra por necesidad física. Esta fué la gran obra de España, que se interrumpe cuando al sentido paternal de unidad y jerarquía de la dinastía austríaca, se impone el molde administrativo transpirenaico, que permite la subversión espiritual y, como consecuencia, la disgregación. Esa disgregación que sufrimos los españoles de aquí y, consecuentemente, los de allí.

La independencia de América es un proceso engendrado desde España. Es un equilibrio regional roto por un centralismo de tipo francés y precipitado por un regionalismo desorbitado. Los separatismos son producidos en España por un predominio de

lo telúrico sobre lo espiritual. Así como el hombre equilibrado en vida interior no niega a la materia, ni la elimina, sino la coloca en su escala de valores, mientras que el entregado a la materia desconoce totalmente los valores del espíritu, así también la estimación de lo vernáculo y de lo autóctono en la ecuanimidad de la vida tradicional española no servía sino de acicate para robustecer la unidad en múltiples facetas. Pero vino a España esta decadencia y nosotros la transmitimos a América.

Desde más allá de nuestras fronteras también nos azuzaron. ¡Menudas posibilidades y menguados negocios se veían en perspectiva! Cualquier discrepancia interna del mundo hispánico era alimentada y exaltada con una exquisita generosidad que recuerda los momentos presentes del mundo. Hasta que por fin se produjo lo inevitable: la disociación definitiva, con perjuicio tanto para España como para Hispanoamérica, que, durante un siglo, ha sufrido el peso de su nacer prematuro.

Y más tarde, como suele suceder, se crea el mito y se robustece la idea de que la independencia es producto exclusivo de la revolución francesa. Se habla de la libertad encarnándola en esa robusta y lateral matrona que se empuñan en pasear por el mundo, olvidando que llevaba la humanidad diecinueve siglos desde que la Redención había venido sobre la tierra.

El proceso, pues, de la decadencia y desintegración de España se reviste de modelo francés en América lo mismo que en la Península, pero en su interior lleva impreso el pecado propio. Se acentúa a disgregación espiritual y el dolor, ya sentido en el altambramiento de América y en el contraste de la civilización española en aquellas tierras, que nacieron con amor en choque de pasión, vuelve a manifestarse en esta nueva quiebra de la unidad imperial.

Por eso, hoy Hispanoamérica retorna a la tradición, que no es volver a lo idéntico, sino a lo analógico. De aquí que Eyzaguirre diga que "tradición no es clavar el tiempo y rechazar su curso; no es hacer arqueología; no es repetir servilmente actitudes y modas definitivamente sobrepasadas. No es obrar en forma monacorde, ni vivir en un solo y determinado sentido. Tradición es hablar la propia voz, es marcar la vida con el sello vernáculo, es escribir las mil palabras con la pluma propia, firme e inconfundible. Tradición es algo que trasciende a la mutación ince-

sante del tiempo, es vida, es germen activador, siempre fecundo, nunca agotado. Es tradición todo aquello que ha llegado a incorporarse a los pueblos como algo inherente a su propia persona y de la cual no podrían ellos prescindir sin poner en peligro su existencia misma. Es tradición la columna vertebral que cohesionaba este ejército en marcha que es la Patria o la comunidad cultural, integrado por los seres hoy vivos, por lo que ya son sombras venerables y pasadas y por los que vendrán en el futuro que se espera”.

En suma, no hay tradición en el mundo hispánico que no se base en la conciencia de la dignidad humana y en una ley moral que rija la vida internacional de los pueblos. De ahí la diferencia entre el concepto católico de la dignidad humana y el concepto puritano.

Ese sentido puritano señalado por Eyzaguirre en los siguientes términos: “... mientras en las colonias de España son muchos los que como Las Casas, Vasco de Quiroga, Luis de Valdivia y Diego de Rosales velan por la aplicación de la doctrina de la hermandad humana, en las colonias inglesas Samuel Sewall aboga, como magistrado de la Corte Suprema de Massachuset, para que a los indios se les tase como ganado; el Reverendo Samuel Hopkins sostiene en nombre de Dios el aniquilamiento de los naturales y aplaude la cacería que de ellos hace Popham con ayuda de perros, y Cotton Mather confía en que “el demonio habrá de exterminar esa mesnada de salvajes para que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo no sea vilipendiado por ellos”. El historiador norteamericano Lewis Hanke, que señala estos hechos, no olvida agregar que aun el dicho de John Eliot, raro benefactor de los indios, de que “vender almas por dinero es un peligroso negocio”, resulta apenas “un débil balido de oveja ante el rugido de Las Casas”.

Mientras hay protestas por el régimen de encomiendas de España, se olvidan que este régimen era más benéfico que la esclavitud suprimida por los conquistadores entre quechuas y aztecas. Y añade Eyzaguirre, y “en ese mismo tiempo el indio encomendado tuvo más derechos que los siervos de los países de Europa, como lo reconoció el sabio Humboldt al visitar Méjico poco antes de la emancipación. ¿Por qué no se recuerdan las pruebas de cariño que a menudo dieron los propios sometidos a

sus conquistadores benignos, como aquel triunfal recibimiento que, espontáneamente y aun desobedeciendo a las autoridades españolas, hicieron los indios de Méjico a Hernán Cortés cuando éste regresó a la tierra de simple particular; como esas expresiones de alegría de los indios de Jauja por el buen tratamiento de que eran objeto y que el cronista Cieza de León recogió de sus labios, o como aquella explosión de lágrimas y dolor de los indios del Cuzco por la muerte del Adelantado D. Diego de Almagro y ese gesto precioso de una liberta de fundar con su peculio una capellanía por el alma de su bienhechor?"

Y es que la justicia del español estriba en la salvaguardia de la fe, mientras que la sajona es utilitaria. La primera tiene como arquetipo al caballero y la segunda al hombre de negocios, pues desconociendo el protestante el libre albedrío y encadenando su vida a un determinismo fatalista, busca un indicio que le permita adivinar su destino y cree encontrarlo en la mayor o menor suerte que su vida le depara. Es más o menos escogido de Dios, según coseche fortuna o miseria. R. H. Pawney —citado por Lyzaguirre—, en su obra *Religion and the Rise of Capitalism*, dice que "el puritano inglés del siglo XVII ve en la pobreza de aquellos que van cayendo en el camino, no un infortunio que debe compadecerse y ayudarse, sino una falla moral que debe ser condenada, y en la riqueza, no cosa merecedora de recelo, sino las bendiciones que premia el triunfo de la energía y de la voluntad. Templado por el examen de conciencia, la autodisciplina y el control de sus propios actos, es el puritano el asceta práctico cuyas victorias no se ganan en el claustro, sino en el campo de batalla, en la casa de préstamos y en el mercado".

* * *

La otra premisa, la de la justicia internacional, se aclara y especifica por mano del P. Vitoria, pues "tan en lo hondo de la sangre lo traían los españoles a América, que Toribio Esquivel Obregón ha llegado a probar en un bello trabajo que Hernán Cortés obró en la conquista de Méjico como si hubiera conocido los postulados del dominico Vitoria, que sólo se definieron años más tarde".

Porque Derecho internacional quiere significar la salvaguar-

día suficiente para que las naciones puedan desenvolver sus libres existencias sin imperialismos absorbentes.

No cumplieron siempre con su deber los países hispanoamericanos ya libres y, al mismo tiempo, sufrieron en carne viva la invasión de poderes extraños a su soberanía.

Los esfuerzos realizados por Bolívar, Lucas Alamán, O'Higgins para reestructurar la unidad de América fueron inútiles.

Portales, el gran hombre de estado chileno, intuyó el peligro del monroísmo, y tan sólo diez años después de la independencia de Chile escribía a su Gobierno Joaquín Campino, primer diplomático acreditado cerca de los Estados Unidos de Norteamérica, sobre "la necesidad de robustecer los vínculos entre las antiguas provincias del ya muerto imperio colonial, y de preferir el comercio y la amistad de ellas a los de cualquier otro país", pues decía: "los argumentos con filantropía que se nos hagan para considerar a todos los pueblos como una misma familia e iguales no tienen más fundamento que el interés de los que nos los hacen, ni pueden producir otros resultados que convertir en extraños y aun en enemigos a los que nacimos y podemos continuar siendo hermanos". Y no vacilaba aún en agregar: "Quizá parecerá a algunos escandalosa y aun ridícula mi opinión de que Chile debe reservarse la facultad de conceder favores a todas las naciones de su idioma con las que antes de la independencia había compuesto una familia, porque esto es querer también comprender a la España y seguramente que tal es mi intención. Así se destruirían las animosidades que la guerra civil ha debido inevitablemente producir y podríamos tener en Europa un poder centinela, el más análogo a nosotros, interesado en nuestro favor después que reconozca nuestra independencia. Prescindiendo de toda consideración de cálculo e interés, ¿no sería noble y honroso para Chile, pendiente aún la contienda con la España, manifestar ese sentimiento de generosidad y su resuelta disposición a considerar siempre como de su propia familia a su país fundador? No creo que el derecho a obrar así pueda disputársenos, pues las relaciones entre las naciones son las mismas que entre las familias y no se pretenderá que debemos ser tan favorables a los extraños como a nuestros parientes."

Este texto de amor filial a tan corto plazo de una contienda

civil es más explicativo que cualquier otro comentario, y demuestra cómo, cuando la leyenda no había tejido aún sus falsedades, el enfoque hacia España de un pueblo que por guerra civil acababa de separarse, era de orientación y sentido netamente hispánico.

Por eso, en la hora presente, Hispanoamérica va tomando conciencia de sí misma. La voz de Eyzaguirre clama invitando a la unión: "Enceguecidos por el falso brillo de las palabras hemos hablado cien años de libertad y cien años la hemos enterrado políticamente con nuestra hilera vergonzosa de tiranías". "Ahora no se pertenece a sí misma Hispanoamérica. Voluntades mercenarias se han interpuesto en su propio camino y la han ido engañosamente amordazando." "Y, sin embargo, Hispanoamérica tiene derecho a vivir su propia existencia, y un temblor de libertad rehabilitada, aun débil, pero certero, comienza a inquietar su cuerpo." "Hay que salvar el alma, pero hay que redimir también el cuerpo de América. Hay que enseñorearse de la naturaleza, que sólo la han tocado de lejos los poetas, y que hoy nos aplasta con su inmensidad vendida. Hay que reconquistarla para nosotros, reduciría y avasallarla con el juego de la técnica."

Esa técnica que no es incompatible con lo espiritual, sino, al contrario, sin ella lo espiritual no es perfecto, pues la perfección requiere vivir nuestro tiempo en toda su plenitud. Si restauramos valores medievales, desgraciadamente perdidos, habremos de servirlos con cuello y corbata, que es el signo de nuestra época. Son éstas horas singulares de la humanidad. Hemos de vivir intelectualmente con la mente abierta. El elemento ético deberá, necesariamente, acompañarnos, y hemos de incorporar lo bello a lo verdadero, que es la gran tarea de nuestro tiempo, de este mundo nuevo que se abre y que nos ha sido dado apreciar a nuestra generación.

A mayor conocimiento, mayor responsabilidad, y es mucha la experiencia que tenemos y tanta la rapidez con que se vive que se puede intuir con más claridad lo que se acerca y el valor que tiene el hecho de que un mundo que se desploma con sus dos caras igualmente carcomidas por el materialismo, coincida con el nacimiento palpitante de esa fuerza espiritual de la hispanidad que se anuncia insistentemente.

CARLOS CAÑAL.

SEVERINO AZNAR: *Los seguros sociales*. Volumen II de la Colección "Ecos del Catolicismo Social". Prólogo de Luis Jordana de Pozas. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1947. 472 págs.

La evidente autoridad con que ha llegado el ilustre autor de esas publicaciones a sus últimos esmeros de producción intelectual, hace innecesario *descubrir* lo que es de toda nuestra intelectualidad conocido, y patentizar la trascendencia, en la doctrina y en la práctica, de las conclusiones que se desprenden de los abundantes y minuciosos razonamientos puestos por el Sr. Aznar al servicio vehemente de sus arraigadas convicciones.

Hasta donde alcanzan los menguados restos de la mutilación que la imbecilidad roja produjo en mi fichero de revistas, me es fácil advertir algunas de las lejanas manifestaciones de la añeja actividad consecuentemente proseguida por D. Severino en el estudio de los problemas sociales, siempre con evidente percepción de las realidades de vida que, desde comienzos de siglo, ha venido ofreciendo la actuación de las diversas organizaciones nacidas al calor de la *cuestión obrera*. Así, hace cuarenta años, comentaba en sus trabajos el Sr. Aznar, con evidente acierto, el curso social desarrollado en Madrid por el inolvidable Padre Vicent; explicaba el carácter y manera de proceder de La Unión Social Popular de Italia, según las enseñanzas de la Iglesia, y señalaba las características de la expansión ácrata, según las publicaciones y propagandas de aquellos tiempos, tan distintos y tan distantes, en tales aspectos, de los que ahora vivimos.

La creciente consagración del Sr. Aznar a este linaje de estudios, basada en una formación científica depurada de profesor ilustre de Sociología, le ha convertido en apóstol fervoroso y encendido, con notoria eficacia práctica, de los principios señalados, certeramente, en previsión de las más adecuadas soluciones, por la Enciclopedia *Rerum Novarum* secundada por las posteriores *Casti Connubii* y *Quadragesimo Anno*.

Los importantes estudios que constituyen el libro a que me estoy refiriendo, ofrecen para el lector, aunque no se encuentre versado en la respectiva materia, vivo interés, derivado de la sugestión que producen siempre la amenidad y claridad en la

exposición, como manera de alcanzar la percepción de sutiles razonamientos y de cifras y datos estadísticos, seguro medio de que se logren convicciones firmemente cimentadas y exacto conocimiento de las cuestiones y de los problemas sometidos a la consideración del lector. Por eso, prescindiendo de una divulgación, que estimo innecesaria, del contenido del volumen, considero preferible referirme a dos aspectos que son nervio de la doctrina y expresión de acierto indudable, por parte del autor.

* * *

Cuando en España fué establecido el Instituto Nacional de Previsión, inicióse, mediante las oportunas disposiciones del Poder público, y mediante la implantación y desarrollo de los adecuados servicios técnicos, que tan felices y fecundos desenvolvimientos han alcanzado, el estudio y acometimiento del magno empeño de la previsión, en sus diferentes modalidades; y si en la consideración de la trayectoria seguida, a este propósito, por la legislación de los diferentes países, resulta incluídible la grata memoria del Canciller Bismark, como afortunado iniciador, no es menos obligado, como testimonio de verdad, el reconocimiento de la labor efectuada por nuestra técnica, para la más cumplida eficacia de los seguros sociales, en los distintos aspectos de fijación de los riesgos susceptibles de indemnización y de la cumplida manera de atenderlos. Por eso, cuando se nos ofreció oportunidad de aportación en la esfera internacional, fué cumplida y efectiva la que se produjo.

La Organización Internacional del Trabajo, que, como es sabido, inició sus Conferencias anuales con la de Washington (1919), comenzó sus deliberaciones concretamente referidas a los problemas de previsión en la Conferencia celebrada en Ginebra el año 1925, inaugurada el 19 de mayo. Entonces figuraba como uno de los extremos de su convocatoria y, por tanto, de su orden del día, el *Examen de los Problemas generales del seguro social*.

No se trataba, en aquel caso, de un preparado proyecto de convenio internacional, destinado a la tramitación reglamentaria establecida por la Parte XIII del Tratado de Versalles, sino de un primer cambio de impresiones que pudiera conducir, mediante

el examen de las diversidades nacionales, a la preparación de una eficaz legislación de tipo internacional.

En mi calidad de representante gubernamental de España, me cupo entonces el honor, por elección de la Asamblea, de formar parte de la Comisión encargada de proponer lo que procediera en la materia, siendo mi intervención efectuada con el principal y reiterado concurso de personalidades de tan destacada significación como los Sres. Maluquer (D. José) y Aznar.

Es oportuno, ahora, recordar que una de las ideas directrices que en aquellos trabajos de carácter preliminar y orientador prevalecieron, fué la de procurar, la de perseguir la coordinación y, en definitiva, la unificación de los diferentes seguros, como manera de llegar al seguro integral.

Los trabajos de la Comisión fueron concretados en el informe (*rapport*) que presentó el ponente Sr. Wolfe (representante gubernamental de Inglaterra); y en dicho informe, referido al campo de aplicación de los seguros sociales (prestaciones, recursos y régimen financiero, instituciones de seguro y problemas de la coordinación o unificación de los seguros sociales), se invitaba al Consejo de Administración de la Oficina Internacional del Trabajo a inscribir en el orden del día de una próxima reunión de la Conferencia, a ser posible la de 1927, la cuestión del seguro de enfermedad; y dada la estrecha relación existente entre las diferentes ramas del seguro, a que llevase, a otra posterior sesión, propuestas relativas a los seguros de invalidez, vejez y muerte. Respondiendo además a la urgente necesidad de una adecuada base documental se acordó, asimismo, que la Oficina hiciese y presentase un estudio técnico sobre las características de los seguros sociales vigentes en los diferentes países.

Esas propuestas, que la Asamblea aceptó por unanimidad, habían sido ultimadas por la Comisión, con el importante concurso de los Aznar y Maluquer, que supieron imprimir dirección acertada y eficaz a la tarea inicial de estudio y a la obtención de los posteriores desenvolvimientos de legislación internacional sobre esta materia en tan esenciales aspectos.

La lectura del fundamental estudio titulado *Los seguros sociales. En busca de sus principios* (pág. 87 del libro del Sr. Aznar) advierte, desde luego, al lector la exacta y segura visión de estas cuestiones por el autor, en la consideración del objeto del

seguro, derecho del asegurado a las prestaciones de los seguros sociales, razón de la cotización patronal, aportaciones del Estado y manera de obviar las probables dificultades que puedan suscitarse; acertadas y pertinentes iniciativas y sugerencias que han quedado incorporadas a una labor encaminada al doble propósito, en lo internacional, de la elaboración de Convenios entre los Estados y de la influencia sucesivamente ejercida sobre los diferentes países para el mejoramiento de su respectiva legislación interior en materia de seguros sociales; porque los resultados hasta ahora obtenidos, en uno y otro aspecto, han sido consecuencia del recíproco influjo de las iniciativas nacionales.

La circunstancia que subraya el Sr. Aznar de que la unificación de la legislación tutelar del trabajo, mediante convenios internacionales, ha de conjurar el gran riesgo para los Estados que generosamente mejoren las condiciones de sus trabajadores, de encontrarse, en las luchas de la concurrencia, en situación inferior a los Estados avaros, que, sordos a la voz de la justicia, mantienen soluciones inaceptables, evidencia, con demostración plena, la necesidad de intensificar el régimen de convenios expresado; aunque de todas suertes, fácil es advertir que las reformas llamadas sociales, expresión de los avances económicos y jurídicos de la legislación protectora, debida a las clases trabajadoras, no han constituido, ni pueden constituir, en definitiva, cosa aislada de carácter exclusivamente nacional; porque la ciencia, por una parte, y el sentido de la justicia que, a este respecto, se extiende por el mundo, conducen a la realidad de que, cuando en determinado país se establece novedad progresiva o solución más adecuada, pronto trasciende la reforma a las otras legislaciones, resultando así, quiérase o no, cuando la pasión no ofusca la percepción de las cosas, que lo propio y lo ajeno se enlazan y acomodan en un concierto servidor de los más depurados afanes de paz social.

* * *

No constituye, la presente, oportunidad adecuada para mencionar la manera cómo ha ido produciéndose, desde la Conferencia Internacional del Trabajo de 1925, el creciente desarrollo de la legislación en materia de seguros sociales, tarea que me desviaría del propósito a que responden los presentes comentarios;

pero es bien fácil advertir que, así como la liquidación de la guerra de 1914 determinó un avance considerable en la política de protección de la clase obrera, mediante la vigencia de la Parte XIII del Tratado de Versalles, aun cuando los resultados no hayan alcanzado, cosa inevitable, todos los objetivos perseguidos, también ahora se ofrece, como una de las derivaciones de la guerra de 1939, el fenómeno de una acentuada presión, en los ambientes nacionales e internacional, que impone la necesidad de nuevos avances, incorporados ya a la legislación de algunos países, y que han sido, por otra parte, como resultado de las deliberaciones de la Conferencia Internacional del Trabajo, de Filadelfia, reunida en 1944, materia de amplias recomendaciones, en las que el concepto de unificación de los seguros sociales, resulta incorporado al más amplio de *seguridad social*. En este concepto se integran todos los aspectos, jurídico, económico, administrativo, de una más coordinada institución de seguro obligatorio, unida a los más amplios intentos de protección, *que aseguren el bienestar material y el desarrollo espiritual en condiciones de libertad, dignidad y seguridad económica y de igualdad de oportunidades*.

Las recomendaciones números 67, 68 y 69 acordadas en Filadelfia, se refieren, separadamente, a los diferentes aspectos del *seguro social*; pero abarcan también, para cuanto no alcancen sus previsiones, la obra de *asistencia social* y, por tanto, de la beneficencia, en sus matices de manutención de niños, ancianos, inválidos y viudas necesitadas; sugiriéndose el régimen de subsidios públicos, en dinero, en especie, o mixtos, que garanticen la sana crianza de la prole y la ayuda a las familias numerosas, en todos los casos en que no proceda la aplicación del seguro obligatorio (1).

La tendencia encaminada a obtener, en el más amplio sentido, lo mismo en el orden económico que en los supuestos de acceso a la justicia, educación completa, igualdad efectiva, ante la ley, y derecho a la felicidad personal, constituye una aspiración, mejor dicho, una resuelta afirmación de propósito, más o

(1) V. la edición española de los textos adoptados por dicha Conferencia; edición publicada en Montreal, 1944.

menos explícitamente consignada en los distintos planes ideados de seguridad social (2).

Más concretamente, procede ahora especial referencia al Plan Beveridge, en sus previsiones relativas a las *amas de casa* y a las asignaciones de carácter infantil, que si bien manifiestan, al igual de las recomendaciones de Filadelfia, soluciones encaminadas a una procedente consideración del hecho del matrimonio y de las necesidades de la vida familiar, no alcanzan todavía el espléndido desarrollo de aplicación, y el sólido fundamento doctrinal que ha logrado D. Severino Aznar en el amplio y rotundo estudio que con el título *El seguro familiar o régimen de subsidios familiares* aparece en el volumen objeto de estas cuartillas, complemento de afortunadas aspiraciones ya sugeridas por él en la Conferencia Internacional del Trabajo de 1925, y que, si han venido haciendo camino en la actividad internacional, a él cupo la gloria de proponerlas en Ginebra.

Toda referencia, que quiera ser sincera y ajustada a la verdad, de nuestra situación en esta materia, no puede desconocer ni alterar el hecho cierto de que, la legislación española, ofrece a este respecto, un magistral ejemplo de protección y de defensa de la familia, como núcleo social cristianamente encaminado a la satisfacción de las más esenciales necesidades humanas, en lo individual y en lo colectivo.

El importante desarrollo de las aplicaciones a la institución familiar, que como labor depurada de investigación científica se hacen en el libro del Sr. Aznar, demuestra cumplidamente el hecho consolador de que, cuando el Poder público ha querido implantar estos avances, tan señalados, de sana política social, continuadores de plausibles iniciativas de otros hombres y de prósperos tiempos —cada cosa según su oportunidad de preparación y según su posibilidad de aplicación—, a contar desde Dato, la tarea ha resultado luego fácil; porque los hombres del Instituto Nacional de Previsión, Aznar entre los más destacados, lanzaron en su día la buena semilla, han venido trabajando ahincada-

(2) Corresponde aludir, como muy completa exposición de los antecedentes, aspectos y soluciones que persiguen los *Planes de Seguridad social*, al excelente volumen del Sr. Gascón y Marín que ha publicado el Instituto Nacional de Previsión, 1934.

mente al servicio de tan nobles ideales y han podido ofrecer sus estudios, su experiencia, sus planes basados en concienzudas preparaciones actuariales, para la efectividad de la Ley de 18 de julio de 1938, de su Reglamento de 20 de octubre del mismo año y del Decreto de 22 de febrero de 1941, éste sobre préstamos a la nupcialidad y primas a la natalidad: que tales disposiciones, por su intrínseca condición, ni pueden improvisarse, ni permiten al producirse el comentario y el elogio para el legislador que los promulga, el olvido de los autores y colaboradores que acertadamente han hecho viables tan señaladas reformas.

Por eso, en servicio de la más elemental justicia, he creído procedente no limitar el presente comentario a una escueta referencia del libro en sí. Sus páginas, nutridas de pensamiento, son el reflejo de diferentes aspectos de actividad, amplia, aleccionadora y plausible, por sus fecundos resultados.

EL CONDE DE ALTEA.

NOTICIA DE LIBROS

